

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LII — Núm. 763
ENERO 1995

Edita: Fundació Ramon Orlandis
i Despuig

Director: Francisco Canals Vidal

Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA

Imprime: Gráficas Fomento, S.A.
Peligro, 8. Barcelona
Depósito Legal: B-15860-58



SAN PÍO X

J. M^a P. S.

SÍNTESIS BIOGRÁFICA DE SAN PÍO X

DOCUMENTOS DE ONCE AÑOS DE PONTIFICADO

«COMO EN LA EDAD DE ORO DE LA IGLESIA»

«SU GLORIA MÁS LUMINOSA»

«PASCENDI DOMINICI GREGIS»

LA ACCIÓN CLARIVIDENTE DE SAN PÍO X

Francisco Canals Vidal

LA REDACCIÓN DE LAS XXIV TESIS TOMISTAS

Eudaldo Forment

SAN PÍO X Y TORRAS I BAGES

LA CONDENACIÓN DE «LE SILLON»

SAN PÍO X, PAPA DE LA EUCARISTÍA Y DE LOS NIÑOS

Ignasi M^a Manresa Lamarca

EL CARDENAL VIVES, COLABORADOR DE PÍO X

fra Valentí Serra de Manresa, ofm cap.

EL PAPA SAN PÍO X Y EL ESCAPULARIO DEL CARMEN

fra Jordi M^a Gil i Costa, O. Carm.

SAN PÍO X

Durante el año transcurrido de 1994 se ha cumplido el ochenta aniversario de la muerte del papa san Pío X, a la vez que, durante el año de 1995 que acabamos de comenzar, se cumplirán los ciento sesenta años del nacimiento del que había de ser tan gran Pontífice, José Sarto, en el seno de una humilde y muy cristiana familia. Estas efemérides nos invitan a recordar y pensar en el valor, para la Iglesia, de este no largo pero sí gran pontificado. Nos ha parecido especialmente oportuno, a los que realizamos esta revista, cuyo ideal se sintetiza en el lema de san Pío X «*instaurare omnia in Christo*» —como escribió el obispo de Barcelona en el primer número de CRISTIANDAD— el recordarlo y avivar así, entre nosotros, aquel magnífico programa, repitémoslo otra vez, INSTAURARE OMNIA IN CHRISTO.

CRISTIANDAD quiere contribuir a aumentar esta vivencia —pensando también en el inicio del Concilio Provincial Tarraconense— al dedicar este número, de modo monográfico, a quien —en palabras de Pío XII, en el discurso pronunciado el día de la beatificación— «reveló un sentido finísimo de las necesidades, de las aspiraciones, de las energías de su tiempo y por esto ha ocupado un lugar entre los más gloriosos Pontífices, depositarios fieles sobre la Tierra de las llaves del reino de los cielos y a los cuales la humanidad es deudora de todo su verdadero avance en la recta vía, en el recto camino del bien y de todo su genuino progreso».

Recordemos, antes de consideraciones específicas sobre los trabajos del Papa santo que, por el momento, el último papa canonizado con anterioridad a nuestro santo papa Pío X (su canonización fue hecha en el año 1954) fue otro Pío, el gran san Pío V, cuyo pontificado terminó en el ya lejano 1572. Un papa santo en nuestra modernidad nos invita, pues, más aún, nos urge, a pensar en el que fue su don y su entrega porque, sin duda, son los que convienen a nuestra época.

Muchos y muy graves elogios expresó Pío XII en el citado discurso y en él nos fundaremos para presentar la extraordinaria figura de san Pío X. Sobre todo, ello nos interpela para que, en la Iglesia católica, el nombre de san Pío X no quede aislado —o meramente asociado al nombre de grupos de tradicionalistas disidentes dentro de la Iglesia—, sino que su nombre y su programa estén en la boca y en el corazón de todos los verdaderos católicos. Pío X fue un papa excepcional en todos los aspectos y por ello podía decir Pío XII que «en todos los campos a que dirigió la atención y la mano, entró asistido de una inteligencia

clara, alta y amplia, y por una rara cualidad de ánimo, que lo hacían igualmente feliz en el análisis que potente en la síntesis, estampando en todas sus obras el sello de la universalidad, no menos que de la unidad, encaminada a recapitular y restaurar todas las cosas en Cristo».

Un Papa no sólo ha de cuidar la Iglesia, entendida como una porción «particular» de hombres. Cristo nos advirtió también que tenía muchas ovejas que no estaban en el redil, a quienes había que atraer hacia la verdad. Los principios y tareas por los que se mantiene a la Iglesia son los mismos con los que se predica el mensaje del evangelio y se anuncia la buena nueva a las naciones. Pío X, extendiendo en su pontificado lo que había sido toda su vida, esto es, un pastor de almas, veía la «verdadera realidad» del mundo y su necesidad de salvación en Cristo.

Con admirables palabras lo decía su sucesor: «Con su mirada de águila, más perspicaz y más segura que la corta vista de miopes razonadores, veía el mundo cual era, veía la misión de la Iglesia en el mundo, veía con ojos de Santo Pastor cuál fuera Su deber en el seno de una sociedad des cristianizada, de una cristiandad contaminada o al menos insidiada por los errores del tiempo y por la perversión del siglo».

El Papa Sarto supo hacer el diagnóstico certero de los males y errores de la época —que son también los de la nuestra—, y supo indicar las vías y remedios para curarlos. Pero, ¿de qué modo lo hizo? ¿Estuvo a la altura de los momentos y las cuestiones planteadas? Dejemos, de nuevo, que sea Pío XII quien nos lo diga:

«¡Qué claridad de pensamiento! ¡Qué fuerza de persuasión!, era verdaderamente la ciencia y la sabiduría de un profeta inspirado, la intrépida franqueza de un Juan Bautista o de un Pablo de Tarso; era la ternura paterna del Vicario y representante de Cristo, atento a todas las necesidades, solícito a todos los intereses, a todas las miserias de sus hijos. Su palabra era trueno, era espada,

era bálsamo; se comunicaba intensamente a toda la Iglesia y se extendía mucho más allá con eficacia, alcanzaba el irresistible vigor no sólo por la incontestable substancia del contenido, sino también de su íntimo y penetrante calor».

Podemos concluir, como Pío XII, enmarcando este pontificado en el contexto de la Iglesia contemporánea, y las palabras del Papa Pacelli han de sonar en nuestros oídos como una invitación a proseguir la tarea por él realizada:

«Por su Persona y por su obra Dios quiso preparar a la Iglesia para los nuevos y árdulos deberes que los tormentosos tiempos futuros le reservaban, preparar con oportunidad una Iglesia concorde en la doctrina, sólida en la disciplina, eficiente en sus Pastores; un seglarato generoso, un pueblo instruido, una juventud santificada desde sus primeros años, una conciencia cristiana, atenta a los problemas de la vida social. Si hoy la Iglesia de Dios, lejos de retroceder frente a las fuerzas destructoras de los valores espirituales, sufre, combate, y por divina virtud avanza y redime, se debe en gran parte a la acción lunguimirante y a la santidad de Pío X. Hoy se hace manifiesto cómo todo su Pontificado fue sobrenaturalmente dirigido según un designio de amor y de redención para disponer las almas a hacer frente a nuestras propias luchas y para asegurar nuestras victorias, y las victorias venideras».

Solamente nos atrevemos a añadir que para que se den estas «victorias venideras» será necesario que prosigamos en el camino marcado por el gran papa santo de nuestro tiempo y no lo traicionemos ni lo olvidemos, pensándonos ser «razonadores» y siendo en realidad «miopes» para conocer la realidad del mundo contemporáneo y la misión de la Iglesia de Cristo, Dios eterno.

J. M^e P. S.

SEÑOR, DIOS NUESTRO, QUE, PARA DEFENDER LA FE CATÓLICA E INSTAURAR TODAS LAS COSAS EN CRISTO, COLMASTE AL PAPA SAN PÍO X DE SABIDURÍA DIVINA Y FORTALEZA APOSTÓLICA; CONCÉDENOS QUE, SIGUIENDO SU EJEMPLO Y SU DOCTRINA, PODAMOS ALCANZAR LA RECOMPENSA ETERNA. POR NUESTRO SEÑOR.

Oración propia de la fiesta litúrgica de san Pío X, papa
(21 de agosto)

FERNANDO SERRANO, DIRECTOR DE «CRISTIANDAD»

Fernando Serrano Misas fue designado, ya desde los primeros proyectos fundacionales, para ser el director de esta revista. Lo fue por el propio padre Orlandis, maestro e inspirador de CRISTIANDAD, que sugirió e indicó su nombre a los que tomaron la iniciativa de su aparición.

En el número que en septiembre de 1958 dedicó CRISTIANDAD a la memoria del padre Ramón Orlandis Despuig, S.I., con motivo de su muerte, Fernando Serrano, para responder a la pregunta acerca de «¿qué era el Padre Orlandis, de CRISTIANDAD?», citaba lo que éste había escrito en mayo de 1945. Decía el padre Orlandis entonces:

«Quien esta advertencia suscribe no es... quien tuvo la iniciativa de su aparición. Es, sí, desde los orígenes, el inspirador de la Revista... Es asimismo, digámoslo así, su curador espiritual en la menor edad».

Fernando Serrano, después de citar estas palabras, escribió: «La curatela de menores es una institución por tiempo limitado. Dios quiso disponer de nuestro curador relevándole para tomarlo a otros modos de Su servicio. Que su Divino Corazón haga que sepamos ser y sentirnos mayores de edad».

Los cincuenta años de servicio de Fernando Serrano en el cargo y responsabilidad de Director han sido un ejercicio perseverante de fidelidad y coherencia. Siempre, y en especial en los momentos más decisivos, con un conocimiento preciso y claro del carácter y naturaleza de nuestra revista.

Siendo CRISTIANDAD fruto de una formación recibida en el Apostolado de la Oración, y nacida de su espíritu, Fernando Serrano ha contribuido de modo singularísimo a que se mantuviese fiel a una tarea, específicamente seglar.

Por ella, la propia revista, a la vez que ha podido contribuir a que Schola Cordis Iesu fuese signo de la fructificación cultural del ideal del Reinado del Sagrado Corazón, ha tratado siempre de expresarse con legítima libertad de espíritu, en ámbitos en que es vocación del laicado cristiano servir a la instauración del orden cristiano en la sociedad, por la tarea de la «inculturación de la fe».

Fernando Serrano Misas, que para nosotros tendrá siempre el título de honor de Director de CRISTIANDAD, ha sugerido un relevo que sirviese a la transición desde la época fundacional hacia el que es ya el presente y que será el futuro de la Revista.

Esto es lo que acepta quien firma con sus iniciales estas líneas, con el propósito de heredar los sentimientos y actitudes, de profunda fidelidad a las orientaciones y al espíritu del padre Ramón Orlandis, que han sido el carácter de la revista desde su fundación.

F. C. V.

SÍNTESIS BIOGRÁFICA DE SAN PÍO X

Unos seis kilómetros separan la aldea de Riese de la villa de Castelfranco, en plena llanura véneta. País apacible y tranquilo, que corona al fondo la visión de los Alpes, y cuyos declives conducen hasta la Reina del Adriático. Un siglo atrás, estos kilómetros eran recorridos diariamente por el pequeño *Bepi*, nacido en Riese el 2 de junio de 1835, camino de la escuela, el cual, al perder de vista la pobre casita paterna, se descalzaba a hurtadillas para ahorrar el calzado. ¿Qué importaba, en efecto, este pequeño sacrificio, al lado del que hacían sus padres, para que pudiese realizar su sueño, la carrera sacerdotal? Y, años después, en la mañana del 18 de septiembre de 1858, hubiera podido verse como toda su familia gozosa, se dirigía, siempre a pie, y por el mismo camino, a la Arciprestal de Castelfranco, para la Ordenación del nuevo sacerdote, don José Sarto.

Fue destinado éste, como vicario, a Tómbolo, provincia de Padua. Ocho años de ministerio sacerdotal, el más humilde delante de los hombres, el más alto en el acatamiento de Dios. Administración de sacramentos, caridad, catecismo para los hijos del pueblo. De Tómbolo, que le recordó siempre, la Providencia le llevó en calidad de párroco-arcipreste a Salzano. Dios quería que aquél que debía ser su Vicario, se santificara en el oficio de cura de aldea, y que su sotana raída por la pobreza originada por su ardiente caridad, preludiase aquella otra futura sotana blanca que se eleva más alta que la púrpura cardenalicia. Casi otros tantos años, y la obediencia a su obispo, el ejemplar Monseñor Zinelli, lo transformó en canónigo —28 de noviembre de 1875— de la catedral de Treviso, ciudad que fue testimonio, como las aldeas precitadas, de su celo y caridad.

Casi por sorpresa fue nombrado obispo de Mantua, y consagrado en Roma por el cardenal Parrocchi. Su episcopado fue celoso y ejemplar. El 7 de junio de 1892 fue recibido por León XIII, quien, con muestras de singular cariño, le elevó al cardenalato y lo promovió Cardenal Patriarca de Venecia. La primera visita, al regresar a su país natal, del nuevo Patriarca, el Eminentísimo Cardenal Sarto, fue para su madre, quien, a los pocos días, expiraba, pobre y santamente.

Desaparecido León XIII, reúne en cónclave el Sacro Colegio, e impedida —por obra humana conducida por la Providencia— la elección del virtuoso car-

denal Rampolla, he aquí que el humilde cardenal Sarto atrae, involuntariamente —con propio y auténtico espanto—, según atestigua el cardenal Gibbons, «por aquella humildad suya, por su sentimiento de indignidad, su esfuerzo de rechazar a toda costa tanto honor», los votos de todos, admirados «ante aquella alma evangélica». Quiso llamarse Pío, «para llevar así el nombre de los que más han sufrido. Era el 4 de agosto de 1903. Mas la Providencia le deparaba un colaborador, digno de él. Un discípulo, santo y afectuoso, que había de ayudarle a llevar su cruz: el Eminentísimo Cardenal Merry del Val, aristócrata de espíritu y de sangre, de santa memoria dentro de la Iglesia, y aún de ilustre recuerdo fuera de ella entre los hombres de buena voluntad, y también en nuestra Patria, en España, de la que era Grande. Pontífice y Cardenal Secretario emprendieron, con espíritu sobrenatural, la «restauración de todas las cosas en Cristo» y la continuación, con mayor ímpetu si cabe, de la «renovación de la Ciudad Santa» que había sido bandera del otro Pío, Papa IX.

La labor magistral del décimo de este nombre, no desmereció de la de su inmortal antecesor, el sabio León XIII. Más no es esta labor magistral, ni tantos otros motivos de admiración lo que ha quedado grabado en el recuerdo del pueblo fiel. La figura del 259 Vicario de Cristo ha quedado popularizada como visión de un seráfico párroco de blanca sotana que distribuye el Pan de los Ángeles a los niños. «Dejad que los niños se acerquen a Mí». Es el Papa de la Comunión frecuente, de la Eucaristía. Al igual que su Divino Maestro, amó a los suyos hasta el fin y, al igual que Él, sufría con los sufrimientos de la turba. Durante su Pontificado, «Europa, enloquecida, perdió la cabeza». Un asesinato, allá en la lejana Bosnia, es chispa que enciende el Mundo. Es el trágico agosto de 1914. El Padre común y amantísimo debe contemplar como sus hijos siguen el surco abierto por Caín. Aquel gran corazón de padre auténtico, no pudo resistir el dolor moral de la catástrofe: rindió su alma a su Amor en la madrugada del 20 de agosto de 1914.

En las grutas vaticanas, su sepulcro, que tiene a su vera el de su fidelísimo secretario Monseñor Merry del Val, es, desde entonces, el refugio, el lugar predilecto de los que sufren, de los que lloran y de los que rezan.

DOCUMENTOS DE ONCE AÑOS DE PONTIFICADO

1903	4 octubre:	Encíclica-programa <i>E supremi apostolatus cathedra</i>	1907	3 julio:	Decreto <i>Lamentabili sane exitu</i> . Condenación de sesenta y cinco proposiciones modernistas.
	22 noviembre:	Motu Proprio <i>Tra le sollecitudini</i> . Reforma de la música sacra.		8 septiembre:	Encíclica <i>Pascendi dominici gregis</i> . Condenación del modernismo.
	18 diciembre:	Motu Proprio <i>Fin dalla prima</i> . Reorganización de la Acción Popular Cristiana.	1908	29 junio:	Constitución apostólica <i>Sapientis Consilio</i> . Reforma de la Curia Romana.
1904	20 enero:	Constitución <i>Commisum Nobis</i> . Condenación del Veto en Cónclave.		8 julio:	Carta <i>Quidquid consilii</i> sobre la unión de las iglesias orientales.
	2 febrero:	Encíclica <i>Ad diem illum</i> en el cincuentenario de la definición del dogma de la Inmaculada.		4 agosto:	Exhortación al clero de todo el mundo, <i>Haerent animo</i> , en su jubileo sacerdotal.
	11 febrero:	Carta <i>Quum arcano</i> . Visita apostólica a la ciudad de Roma.		29 septiembre:	Constitución apostólica <i>Promulgandi pontificias</i> . Fundación del periódico <i>Acta Apostolicae Sedis</i> .
	7 marzo:	Decreto <i>Constat apud omnes</i> . Visita a las diócesis de Italia.	1909	21 abril:	Encíclica <i>Communium rerum</i> , en el VIII Centenario de san Anselmo de Aosta.
	12 marzo:	Encíclica <i>Iucunda Sane</i> . XIII Centenario de San Gregorio Magno.		7 mayo:	Encíclica <i>Vinea electa</i> . Fundación del Instituto Bíblico.
	19 marzo:	Motu Proprio <i>Arduum sane munus</i> . Codificación del Derecho Canónico.	1910	26 mayo:	Encíclica <i>Editae Saepe</i> , en el III Centenario de San Carlos Borromeo.
1905	1 marzo:	Carta al Cardenal D. Svampa, arzobispo de Bolonia, <i>La Lettera circolare</i> . Reprueba la Democracia Cristiana Autónoma.		8 agosto:	Decreto <i>Quam singulari Christus amore</i> sobre la comunión de los niños.
	15 abril:	Encíclica <i>Acerbo nimis</i> . Enseñanza del Catecismo.		15 agosto:	Inauguración de la Escuela Social Católica de Bérgamo.
	14 mayo:	Carta <i>Acre nefariumque bellum</i> . Contra las leyes de persecución de la Iglesia en el Ecuador.		25 agosto:	Carta <i>Notre charge</i> . Condena las teorías sociales del <i>Sillon</i> de Marc Sagnier.
	11 junio:	Encíclica <i>Il fermo proposito</i> . Reorganización de la Acción Católica en Italia.		26 diciembre:	Carta apostólica a los obispos de Oriente sobre la unión de las Iglesias.
	20 diciembre:	Decreto <i>Sacra Tridentina Synodus</i> . Comunión frecuente y cotidiana.	1911	24 mayo:	Encíclica <i>Jam dudum in Lusitania</i> . Condenación de las leyes de persecución de la Iglesia en Portugal.
1906	16 enero:	Reforma de los Seminarios de Italia.		1 noviembre:	Constitución apostólica <i>Divino afflatu</i> sobre la reforma del Breviario Romano.
	11 febrero:	Encíclica <i>Vehementer</i> . Condenación de la separación de la Iglesia del Estado en Francia.	1912	1 enero:	Constitución apostólica <i>Etsi Nos</i> . Reforma del Vicariato de Roma.
	28 julio:	Encíclica <i>Pieni l'animo</i> sobre la educación del clero joven.		24 septiembre:	Encíclica <i>Singulari quadam</i> sobre los Sindicatos obreros de Alemania.
	10 agosto:	Encíclica <i>Gravissimo officii munere</i> . Condenación de las inicuas Leyes del Culto propuestas por el Gobierno masónico francés.	1913	8 marzo:	Carta Apostólica <i>Universis Christifidelibus</i> . Jubileo del XVI Centenario Constantiniense.
	7 diciembre:	Decreto <i>Post editum</i> . Comunión de los enfermos que no estén en ayunas.	1914	2 agosto:	Exhortación <i>Dum Europa</i> a todos los católicos del mundo para implorar el fin de la guerra europea.
1907	6 enero:	Encíclica <i>Une fois encore</i> . Condena la persecución contra la Iglesia en Francia.			

«COMO EN LA EDAD DE ORO DE LA IGLESIA»

*Texto de la homilía que pronunció Pío XII el 3 de junio de 1951
en el acto de beatificación de Pío X.*

Una celeste alegría inunda nuestro corazón; un himno de alabanza y de gratitud al omnipotente prorrumpe de nuestros labios por habernos concedido el Señor que eleváramos al honor de los altares a nuestro predecesor el beato Pío X. Es, además, gozo y reconocimiento de toda la Iglesia que vosotros visiblemente representáis, amados hijos e hijas, reunidos aquí bajo nuestros ojos como un mar viviente, o que, esparcidos por la superficie de la Tierra, nos escucháis en la exultación de este día bendito.

Un deseo común se ha cumplido. Desde el tiempo de su devota muerte, mientras se apiñaban en número creciente las devotas peregrinaciones de todos los países, aflúan súplicas para implorar la glorificación del inmortal Pontífice. Procedían de los más altos grados de la jerarquía eclesiástica, del clero secular y regular, de todas las clases sociales, y especialmente de las más humildes, de las cuales él mismo había brotado como purísima flor. Y he aquí que estos deseos han sido oídos; he aquí que Dios, en los arcanos designios de su Providencia, ha escogido a su indigno sucesor, para cumplirlos, y hacer resplandecer, en la triste penumbra que ofusca el camino todavía incierto del mundo de hoy, el fúlgido astro de su blanca figura, para que aclare el camino y fortalezca los pasos de la humanidad desviada.

Pero, mientras el gozo, de que desborda nuestro corazón, Nos impulsa irresistiblemente a cantar en él las maravillas de Dios, Nuestra voz vacila, como si las palabras nos hubiesen de faltar, insuficientes como son para exaltar dignamente, aunque con rápidos trazos, la vida y la virtud del Sacerdote, del Obispo, del Papa, en la prodigiosa ascensión desde la pequeñez de la aldea nativa y la humildad de su nacimiento hasta la cima de la grandeza y de la gloria en la tierra y en el cielo.

Desde hace más de dos siglos no se había vuelto a levantar en el Pontificado Romano un día de esplendor parangonable con éste, ni había resonado con tal vehemencia y concordia la voz, que ahora entona himnos, de todos aquellos para los cuales la Cátedra

de Pedro es la roca en que está anclada su fe, el faro que conforta su indefectible esperanza, el vínculo que les consolida en la unidad y en la caridad divina.

¡Cuántos, aun entre vosotros, conservan hoy vivo en su espíritu y en su corazón el recuerdo del nuevo Beato! ¡Cuántos reviven aún con el pensamiento, como lo revivimos Nos mismo, aquel rostro que irradiaba una bondad celeste! ¡Cuántos lo sienten próximo, muy próximo a ellos, a este sucesor de Pedro, a este Papa del siglo xx, que en el formidable huracán levantado por los negadores y enemigos de Cristo, supo demostrar desde el principio una consumada experiencia en el manejo del timón de la navecilla de Pedro, pero a quien Dios llamó a Sí, cuando más violenta se enfurecía la tempestad! ¡Qué dolor, qué descorazonamiento a la vez, al verle desaparecer, en el piélago de la angustia para un mundo trastornado!

Mas, he aquí que la Iglesia le ve hoy reaparecer, no ya como un piloto que lucha fatigosamente junto al gobernalle, contra los elementos desencadenados, sino como un glorioso protector, que desde el cielo la contempla con su mirada tutelar, en la que brilla la aurora de un día de consolación y de fortaleza, de victoria y de paz.

¿QUÉ IBA A SIGNIFICAR EL NOMBRE DE PÍO X
PARA EL PAPADO, LA IGLESIA, LA HUMANIDAD?

En cuanto a Nos, que estábamos entonces en los comienzos de nuestro sacerdocio, ya al servicio de la Santa Sede, no podremos negar jamás nuestra intensa conmoción, cuando, en el mediodía de aquel 4 de agosto de 1903 desde la *loggia* de la Basílica Vaticana, la voz del Cardenal primer diácono anunció a la multitud que aquel cónclave —tan notable por tantos aspectos— había hecho recaer su elección sobre el Patriarca de Venecia, José Sarto.

Fue entonces pronunciado por primera vez ante la faz del mundo el nombre de Pío X. ¿Qué iba a significar este nombre para el Papado, para la Iglesia,

para la humanidad? Mientras hoy, después de casi medio siglo, Nos repasamos con el espíritu el suceder de los graves y complejos acontecimientos que lo han llenado, Nuestra frente se inclina y Nuestras rodillas se doblan en admirada adoración de los designios divinos, cuyo misterio se descubre lentamente a los pobres ojos humanos, a medida que se cumplen en el curso de la historia.

Pastor, buen Pastor, fue él. Para ser tal parecía haber nacido. En todas las etapas del camino que paso a paso le llevaba desde su humilde hogar nativo, pobre en bienes de la tierra, pero rico en fe y en virtud cristiana, hasta el vértice supremo de la jerarquía, el Hijo de Riese permaneció siempre igual a sí mismo, siempre sencillo, afable, accesible a todos, en su lugareña casa rectoral, en la sala capitular de Treviso, en el Obispado de Mantua, en la Sede Patriarcal de Venecia, en el esplendor de la Púrpura Romana; y continuó siendo tal en la majestad soberana, sobre la Silla Gestatoria, y bajo el peso de la Tiara el día en que la Providencia, modeladora languimirante de las almas, inclinó el espíritu y el corazón de sus iguales para que entregaran el cetro, caído de las manos debilitadas del gran anciano León XIII, a las suyas paternalmente firmes. De tales manos, ni más ni menos, tenía entonces el mundo necesidad.

No habiendo podido desviar de su cabeza el terrible peso del Sumo Pontificado, Él, que siempre había rehuido los honores y las dignidades, como otros rehuyen a su vez una vida ignorada y oscura, aceptó entre lágrimas el cáliz de las manos del Padre Divino.

Pero una vez pronunciado su *Fiat*, este Humilde, muerto para las cosas terrenas y deseoso de las celestiales, demostró la indomable firmeza de su espíritu, la robustez viril, la grandeza de ánimo, que son las prerrogativas de los Héroes de la Santidad.

VISIÓN CERTERA DE LOS MALES Y ERRORES;
VÍAS Y REMEDIOS PARA CURAR DE ELLOS

Desde su primera encíclica, fue como si una llama luminosa se hubiese elevado para iluminar las mentes y levantar los corazones. No de otra manera los discípulos de Emaús sentían inflamarse sus pechos mientras el Maestro hablaba y les descubría el sentido de las Escrituras (Lc 24, 32).

¿No habéis acaso experimentado también vosotros este ardor, amados hijos que vivisteis aquellos días, y oísteis de sus labios el diagnóstico certero de los males y errores de la época a la vez que indicando

las vías y los remedios para curar de ellos? ¡Qué claridad de pensamiento! ¡Qué fuerza de persuasión!, era verdaderamente la ciencia y la sabiduría de un profeta inspirado, la intrépida franqueza de un Juan Bautista o de un Pablo de Tarso; era la ternura paterna del Vicario y representante de Cristo, atento a todas las necesidades, solícito a todos los intereses, a todas las miserias de sus hijos. Su palabra era trueno, era espada, era bálsamo; se comunicaba intensamente a toda la Iglesia y se extendía mucho más allá con eficacia, alcanzaba el irresistible vigor no sólo por la incontestable substancia del contenido, sino también de su íntimo y penetrante calor. Se sentía en ella hervir el alma de un pastor que vivía en Dios y de Dios, sin otra mira que conducir a Él sus corderos y sus ovejas; por esto, si fiel a las venerandas tradiciones seculares de sus antecesores, conservó substancialmente todas las solemnes (no ya fastuosas) formas exteriores del ceremonial pontificio, en aquellos momentos su mirada suavemente entristecida, fija hacia un punto invisible, mostraba que no a sí mismo, sino a Dios, se tributaba todo el honor.

El mundo que hoy lo aclama, en la gloria de los Beatos, sabe que recorrió la vía marcada por la Providencia con una fe capaz de transportar las montañas, con una esperanza inconcusa, aun en las horas más oscuras e inciertas, con una caridad que lo impulsaba a entregarse a todos los sacrificios por el servicio de Dios y por la salvación de las almas.

Por estas virtudes teológicas, que eran como la trama fundamental de su vida y que practicó en un grado de perfección que superaba incomparablemente toda excelencia puramente natural, su Pontificado refulgió como en la edad de oro de la Iglesia.

[...]

NO ES CIERTO QUE SU FORTALEZA
PREVALECIERA SOBRE SU PRUDENCIA

¿Es acaso verdad, como algunos han afirmado o insinuado, que en el carácter del Beato Pontífice la fortaleza prevaleciera a menudo sobre la prudencia? Tal ha podido ser la opinión de adversarios, la mayor parte de los cuales eran también enemigos de la Iglesia. Pero en la medida en que fue compartida por otros, bien que admiradores del celo apostólico de Pío X, aquella apreciación se revela en contradicción con los hechos, cuando se tiene en cuenta la paternal solicitud suya por la libertad de la Iglesia, por la pureza de la doctrina, por la defensa de la grey de Cristo ante peligros inminentes, que no siempre hallaban en al-

gunos toda aquella comprensión y aquella íntima adhesión, que debiera haberse esperado de ellos.

Ahora que el más minucioso examen ha escrutado a fondo todos los actos y las vicisitudes de su Pontificado, ahora que se conoce la trayectoria de aquellos sucesos, ninguna vacilación, ninguna reserva es ya posible, y se debe reconocer que incluso en los períodos más difíciles, más ásperos, más llenos de responsabilidad, Pío X, asistido por la grande alma de su fidelísimo Secretario de Estado, el Cardenal Merry del Val, dio prueba de aquella iluminada prudencia, que no falta nunca en los Santos, aun cuando en sus aplicaciones se halle en contraste, doloroso pero inevitable, con los engañosos postulados de la prudencia humana y puramente terrena.

Con su mirada de águila, más perspicaz y más segura que la corta vista de miopes razonadores, veía el mundo cual era, veía la misión de la Iglesia en el mundo, veía con ojos de Santo Pastor cuál fuera Su deber en el seno de una sociedad descristianizada, de una cristiandad contaminada o al menos insidiada por los errores del tiempo y por la perversión del siglo.

Illuminado por la luz de la verdad eterna, guiado por una conciencia delicada, lúcida, de rígida rectitud, tenía continuamente sobre el deber momentáneo y sobre las resoluciones a adoptar intuiciones cuya perfecta rectitud desconcertaba a quienes no estaban dotados de las mismas luces.

Por su natural, nadie más dulce, más amable que él, nadie más amigo de la paz, nadie más paternal. Pero cuando hablaba en él la voz de su conciencia pastoral, sólo contaba el sentimiento del deber: éste imponía silencio a todas las consideraciones de la humana debilidad; salía al paso de todas las tergiversaciones; decretaba las providencias más enérgicas, aunque penosas para su corazón.

El humilde «cura de aldea», como tal vez se le ha querido llamar —y no en su menosprecio—, frente a los atentados contra los derechos imprescindibles de la humana libertad y dignidad, contra los sagrados derechos de Dios y de la Iglesia, sabía erguirse gigante en toda la majestad de su autoridad soberana. Entonces su «*non possumus*» hacía temblar y tal vez retroceder a los poderosos de la tierra tranquilizando al mismo tiempo a los vacilantes y galvanizando a los tímidos.

TAN EMINENTE EN LA FORTALEZA, COMO EXCELSO
EN LA PRUDENCIA

A esta fuerza diamantina de su carácter y de su

conducta, manifestada desde los primeros días de su Pontificado, se debe atribuir, primero el estupor, y después la aversión de quienes quisieron hacer de él el «*signum cui contradicetur*» revelando de esta manera el fondo obscuro de las propias almas.

No, por tanto, excesiva prevalencia de la fortaleza sobre la prudencia. Al contrario, estas dos virtudes, que dan como el crisma a aquellos a quienes Dios predestina a gobernar, fueron en Pío X equilibradas hasta tal punto, que al examen objetivo de los hechos, él aparece tan eminente en la una como excelso en la otra.

¿No es acaso esta armonía de virtudes, en las altas regiones del heroísmo, señal de santidad madura?

¿CÓMO ABARCAR SU FIGURA Y SUS MULTIPLES ASPECTOS?

[...]

De él puede, ciertamente, decirse que en todos los campos a los que dirigió la atención y en los que puso la mano, entró asistido de una inteligencia clara, alta y amplia, y por una rara cualidad del ánimo, que le hacía igualmente feliz en el análisis que potente en la síntesis, estampando en todas sus obras el sello de la universalidad, no menos que de la unidad, encaminada a recapitular y restaurar todas las cosas en Cristo.

Defensor de la fe, heraldo de la verdad eterna, custodio de las más santas tradiciones, Pío X reveló un sentido finísimo de las necesidades, de las aspiraciones, de las energías de su tiempo; por esto ha ocupado un lugar entre los más gloriosos Pontífices, depositarios fieles sobre la tierra de las llaves del reino de los cielos y a los cuales la humanidad es deudora de todo su verdadero avance en la recta vía, en el recto camino del bien y de todo su genuino progreso.

Promotor de las ciencias sagradas y profanas

Su celo por el influjo moral de la Iglesia ha hecho de él un incomparable promotor de las ciencias sagradas y profanas. ¿Será acaso necesario recordar el nuevo impulso dado a los estudios bíblicos? ¿El eficaz incremento de los estudios filosóficos y teológicos según el método, la doctrina, y los principios del Angélico Doctor? Y, en el orden de las ciencias humanas, ¿será acaso necesario mencionar la reorganización del observatorio astronómico? ¿En el campo de las artes, la renovación de la música sagrada, la nueva ordenación de la pinacoteca?

Su obra en la codificación del Derecho canónico

Él, empero, no es un extraño mecenas o un puro teórico, satisfecho solamente en señalar una meta, en impartir un orden y dejar después a los otros la entera ejecución. Su obra, por el contrario, es contribución esencial, y dirección efectiva. Sagaz en el abstenerse de minucias inútiles, aquélla llega sin embargo hasta lo concreto y lo particular determinando con exactitud y sentido práctico los caminos a recorrer, para que la finalidad sea conseguida fácilmente, rápidamente, plenamente. Así obró en la codificación del Derecho canónico, que puede considerarse como la obra maestra de su pontificado. Desde el comienzo se resuelve a ella con el valor iluminado de los grandes, afronta animosamente el «*arduum sane munus*» y se dedica a él con constante asiduidad. Y si bien —para usar las palabras de su sucesor Benedicto XV— no le fue dado llevar hasta el fin la inmensa obra; sin embargo, él solo tiene que ser considerado autor de aquel código (*is tamen unus huius Codicis habendus est auctor*), y de ahí que su nombre deberá ser para siempre celebrado como uno de los más ilustres Pontífices en la historia del Derecho canónico, junto a un Inocencio III, un Honorio III, un Gregorio IX.

Su solicitud por el clero

Si en cada una de estas empresas él se movió siempre por el celo de la gloria de Dios y la salud y la perfección de las almas, ¿con cuánta solicitud debió aplicarse al cuidado de los Pastores mismos de la Sagrada Grey, de quienes depende más directa e inmediatamente el honor de Dios y la santificación de las almas? Dícenlo sus constantes esfuerzos para dotar a la Esposa de Cristo de un clero a la altura por su santidad y doctrina, de su altísima misión. Y ¿quién podría releer sin emoción la paternal exhortación *Hærent animo* (4 agosto 1908), donde se refleja nítida su alma sacerdotal, en el recuerdo jubilar de su ordenación?

Penetrado por el pensamiento de San Pablo de que el sacerdote está constituido para los hombres en todas las cosas que atañen a Dios (cfr. Hebr 5, 1), él nada descuida de cuanto pueda contribuir al ejercicio más eficaz de ese sublime oficio.

El Papa de la doctrina cristiana

Ante todo, en el difundir el conocimiento vivo de la doctrina cristiana. Así promulga sabias instruccio-

nes para confirmar la necesidad de ella, determinar su objeto, establecer su método (Enc. *Acerbo nimis*, 15 de abril de 1905). No le basta: él mismo cuida de que se componga un nuevo catecismo para adaptar esta enseñanza a todas las edades y a todas las inteligencias y no le basta todavía: algunos domingos explana personalmente el santo evangelio del día a los fieles de las parroquias de Roma. Con justicia, pues, fue llamado el Papa de la Doctrina Cristiana.

Promotor de la Acción Católica

El árido vacío que el espíritu sectario del siglo había socavado en torno al sacerdocio, él se apresura a colmarlo mediante la activa colaboración de los seglares en el Apostolado. No obstante las circunstancias adversas, mejor aún, estimulado por ellas, Pío X cuida, si no inicia propiamente, con renovadas directrices, la formación de un laicado fuerte en la fe, unido con perfecta disciplina a los varios grados de la jerarquía eclesiástica. Y cuanto hoy se admira en Italia y en el mundo, en el vasto campo de la Acción Católica, demuestra cuán providencial haya sido la obra de nuestro Beato, que reverbera sobre él un resplandor, que durante su vida tal vez sólo a pocos fue dado presagiar plenamente.

Por donde con justo título las filas de la Acción Católica deben poner al Beato Pío X entre las almas escogidas que recuerdan y veneran como avanzadas y promotoras de su movimiento salvador.

Otro obstáculo de suma gravedad se oponía a la restauración de una sociedad cristiana y católica: Es decir, por una parte, la división en el seno mismo de la sociedad, y por otra la escisión que separaba la Iglesia del Estado, particularmente en Italia. Con la amplitud y la claridad de visión propias de los Santos, él, sin permitir la mínima lesión de los principios inmutables e inviolables, sabe trazar las reglas para la organización de una acción popular cristiana, mitigar el rigor del «*non expedit*» y preparar muy de antemano el terreno para aquella conciliación, que habría debido traer la paz religiosa en Italia.

Pontífice de la Eucaristía

Pero lo que es singularmente propio de este Pontífice es el haber sido el Papa de la Santísima Eucaristía en nuestro tiempo. Aquí fulgura con reflejos casi divinos la íntima consonancia y comunión de

sentimientos en el Vicario de Cristo con el Espíritu mismo de Jesús. Si callásemos en este punto, se levantaría la multitud de los niños de ayer y de hoy a entonar el hosana a aquel que supo abatir las barreras seculares que les mantenían alejados de su Amigo de los Tabernáculos. Sólo en un alma sabiamente cándida y evangélicamente infantil como la suya, podía encontrar resuelto eco el ardiente suspiro de Jesús: ¡dejad que los niños vengan a Mí!, y al mismo tiempo la comprensión del dulcísimo deseo de éstos de correr al abrazo del Redentor Divino. Así, fue él quien entregó Jesús a los niños y los niños a Jesús. Si Nos lo silenciáramos, hablarían los altares mismos del Santísimo Sacramento para dar testimonio de la exuberante floración de santidad que por obra de este Pontífice de la Eucaristía ha brotado en innumerables almas para las cuales la frecuente y cotidiana comunión es ahora canon fundamental de perfección cristiana.

¡ESTO SIGNIFICÓ LA OBRA DE SU PONTIFICADO!

Amados hijos e hijas: Una hora de gloria pasa sobre nosotros en este atardecer luminoso. Es gloria que alcanza muy de cerca al Pontificado romano, gloria que irradia por toda la Iglesia entera, gloria que brota aquí cerca de la tumba de un humilde hijo del pueblo a quien Dios ha elegido, ha enriquecido, ha exaltado.

Pero sobre todo es gloria de Dios, porque en Pío X se revela el arcano de la sabia y benigna Providencia que asiste a la Iglesia y por ella al mundo en todas las épocas de la historia. ¿Qué cosa, os preguntábamos al principio, habría significado el nombre de Pío X? Parécenos verlo ahora claramente.

Por su Persona y por su obra Dios quiso preparar a la Iglesia para los nuevos y arduos deberes que los tormentosos tiempos futuros le reservaban, preparar con oportunidad una Iglesia concorde en la doctrina, sólida en la disciplina, eficiente en sus Pastores; un seglarato generoso, un pueblo instruido, una juventud santificada desde sus primeros años, una conciencia cristiana, atenta a los problemas de la vida social. Si hoy la Iglesia de Dios, lejos de retroceder frente a las fuerzas destructoras de los valores espirituales, sufre, combate, y por divina virtud avanza y redime, se debe en gran parte a la acción lunguirante y a la santidad de Pío X. Hoy se hace manifiesto cómo todo su Pontificado fue sobrenaturalmente dirigido según un designio de amor y de redención para disponer las almas a hacer frente a nuestras propias luchas y para asegurar nuestras victorias, y las victorias venideras.

Vosotros, por tanto, que lo sentís presente, vivo y cercano en las obras desarrolladas en su vida y en la tutela que desde hoy recobra, confiad en su intercesión y orad junto con Nos, de esta manera:

ORACION AL BEATO PÍO X

Oh, Beato Pontífice, Siervo fiel de tu Señor, humilde y confiado discípulo del Divino Maestro, en el dolor y en el gozo, en los trabajos y en las solicitudes, experimentado Pastor de la Grey de Cristo, vuelve tus ojos a nosotros que nos postramos ante tus virginales despojos. Arduos son los tiempos en que vivimos, duras las fatigas que de nosotros exigen. La Esposa de Cristo, encomendada ya a tus cuidados, se encuentra de nuevo en graves angustias. Sus hijos son amenazados por innumerables peligros en el alma y en el cuerpo; el espíritu del mundo, como león rugiente, nos cerca, buscando a quien devorar. No pocos caen como víctimas tuyas. Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen. Cierran los ojos a la luz de la eterna

verdad; escuchan las voces de sirenas que insinúan engañosos mensajes. Tú, que fuiste acá abajo gran suscitador y guía del pueblo de Dios, sé auxilio e intercesor para nosotros y para todos aquellos que se profesan seguidores de Cristo. Tú, cuyo corazón se despedazó, cuando viste al mundo precipitarse en sangrienta lucha, socorre a la humanidad, socorre a la cristiandad, expuesta hoy día a semejantes peligros, obtén de la misericordia divina el don de una paz duradera y como añadidura, el retorno de los espíritus a aquel sentido de verdadera fraternidad, que es el único capaz de restablecer entre los hombres y las naciones la justicia y la concordia queridas por Dios. Amén.

«SU GLORIA MÁS LUMINOSA»

Juan XXIII, que tenía tantos puntos en común con san Pío X, realizó en la primavera de 1959 un gesto singular: dispuso que el cuerpo de su predecesor fuera trasladado por unos días a Venecia, para que los venecianos tuvieran ocasión de homenajear a quien había sido «su gloria más luminosa de los tiempos modernos». El texto que sigue es un fragmento de la exhortación que Juan XXIII dirigió al clero veneciano el 23 de abril de 1959.

Queridos hijos:

A los cuarenta y cinco años de su «dies natalis» para la patria celeste, Pío X ha vuelto por breves días a Venecia, a su patria natal, al campo de su apostolado, en medio de su gente humilde y generosa, que llevó siempre en el corazón, aun entre los cuidados y los afanes de la altísima dignidad pontificia.

Este glorioso paso de sus despojos mortales Nos deseamos verlo cumplido desde el año 1954, y nos apresuramos a realizarlo apenas fuimos llamados a la segunda sucesión de él sobre la Cátedra de Pedro. Más allá de toda feliz esperanza, hemos aquí delante de un triunfo —¡oh, qué triunfo!—, con el pueblo que aclama a su hijo y padre, su gloria más luminosa de los tiempos modernos e ínclito Patrono, con tanta intensidad de fervor que se pueden esperar edificantísimos frutos de renovación interior para muchas almas.

En este instante os contemplamos con los ojos del corazón, queridos hijos, reunidos en San Marcos, con vuestros venerables Obispos, venidos todos de los distintos puntos de las tres Venecias. Y con vosotros nos aproximamos a la urna bendita, situada bajo la gran cúpula de la basílica de oro, frente al altar del evangelista San Marcos, no lejos de la veneradísima nicopeya y cerca del histórico púlpito, desde el que se derramó la enseñanza clara y robusta del patriarca Sarto y la dulzura de su palabra, que Nos, joven de quince años, oímos con nuestros propios oídos en San Alejandro de la Columna de Bérgamo.

[...]

Pío X ha vuelto en medio de los suyos. A los que, por la sagrada ordenación, le están particularmente cercanos, reclama solemnemente tres puntos de vida sacerdotal, especialmente interesantes en toda época de la historia. Su luminosa visión, tan acertada; la fascinación —de la que somos testigos— que ejerce sobre las almas y sobre las colectividades católicas de todo el mundo, nos hace pensar en la dignidad sacerdotal, en el amor a la santa Iglesia y en la sabiduría humana y

cristiana que especialmente conviene a nuestro vivir, llamados como somos «lumen mundi, sal terrae» («luz del mundo, sal de la tierra»).

Son tres elementos de primerísimo orden para la edificación de nuestra vida, queridos sacerdotes, para la eficacia de vuestro ministerio. Tres avisos de este «sacerdos magnus Dei Excelsi», «sacerdote sumo del Altísimo», convertido en objeto de tan espontáneo amor popular y propuesto a la imitación de todos.

[...]

La *Haerent animo* de san Pío X —que en el cincuenta aniversario de su aclamada aparición meditábamos el 18 de septiembre del año pasado, al celebrar el centenario de su sacerdocio en Castelfranco— brotó del corazón encendido de san Pío X igual que un gemido paterno, para llamar al clero diocesano y regular de todo el mundo a la vida interior más intensa y a la santificación.

Queridos sacerdotes, si san Pío X ha penetrado en la conciencia de los pueblos, si aún los agita, si la Iglesia docente aún sigue hoy su magisterio, esto se debe al hecho de que él sintió, vivió y gustó esa altísima dignidad y se conformó a ella sin esfuerzo y con naturalidad, en todas las circunstancias de su vida, desde capellán coadjutor hasta Sumo Pontífice.

[...]

La Iglesia de los tiempos de san Pío X estuvo en su puesto con habilidad y valentía.

Algunos forzaron la puerta desgraciadamente. Otros lograron empresas clamorosas y dolorosas. Pero sobre aquel clamor se extendieron después las sombras de la noche.

San Pío X, dulce y humilde de corazón, no se plegó a la violencia de los poderosos de la Tierra ni a la lisonja de los dialécticos de las varias escuelas. Y dejó el ejemplo preclaro de su valiente amor al libro sagrado y a las fuentes de la gracia.

A quien, definiéndolo como «un pobre párroco del campo veneciano», lo imaginó confuso y perdido en la

inmensidad de las tareas pontificias, él dio la altísima medida de su clarividencia de maestro y de pastor universal, sobre todo por algunos actos, entre los más señalados de su gobierno: la creación del Instituto Bíblico, la preparación del Código de Derecho canónico, la reorganización de las congregaciones romanas, la invitación a la comunión frecuente de los adultos y a la comunión de los niños en la tierna edad para la custodia de la inocencia y de las buenas costumbres; el repudio de la sagacidad meramente política como medio de defensa del estamento eclesiástico y de los inalienables derechos de la verdad revelada y de la libertad de las almas.

[...]

La figura de san Pío X, invocado también como celeste protector del Concilio Ecuménico, se destaca por encima de los hechos y de las circunstancias que en sus tiempos originaron juicios irreflexivos e interesados, y vuelve más persuasiva la llamada a no buscar caminos peregrinos para la salvación del hombre y para la defensa de sus derechos, y a no imaginar fáciles divagaciones que puedan suplantar aquello que ahonda sus raíces en la esencia misma de las instituciones más sólidas, teniendo el valor de la experiencia secular. A saber: en Oriente, el acercamiento primero, el contacto después y la reunión perfecta de tantos hermanos separados con la antigua madre común; en Occidente, la generosa colaboración pastoral de los dos cleros, bajo la mirada

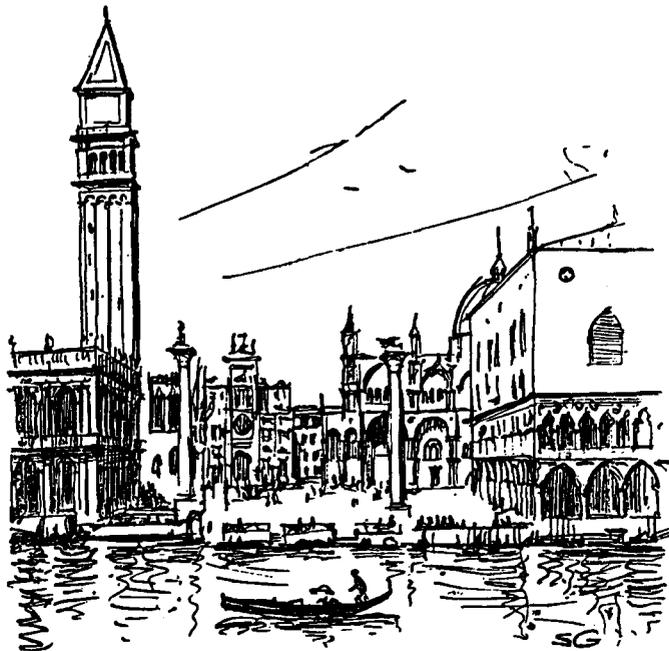
y la dirección del Obispo, que es el pastor de todo el rebaño.

El episodio de san Pío X —Nos lo vimos con nuestros ojos—, que en el día de su coronación aparecía contrariado por las aclamaciones de la multitud, indica su mentalidad y su carácter.

Él amaba a la gente y toleraba de ella la exuberancia. Después se adaptó de buen grado. Pero aquella cabeza doblada hacia delante, aquel gesto lento y breve de la bendición, aquellos ojos arrasados de llanto, aquella sonrisa que tardaba en venir, permanecen en la memoria de cuantos tuvieron la suerte de asistir a aquella ceremonia del 9 de agosto de 1903 para indicar la disciplina interior de aquel sacerdote veneciano, cuya hombría de bien fue inmediatamente comprendida por todos en su exacto significado.

[...]

¡Oh San Pío X, nuestro Patriarca y Pontífice glorioso, impávido y benigno! Protege siempre al clero veneciano, del que tú permaneces preclarísimo esplendor y honor; protege a todo el clero de Italia, a todo el clero católico del mundo. Sostén la resistencia y el «gaudium de veritate» («gozo de la verdad») de centenares y millares de hermanos nuestros que la persecución y la opresión de las más grandes libertades, en grandes y pequeñas regiones, lejanas o cercanas, somete a durísimas pruebas, que son gemido y llanto de la Iglesia del Señor.



«PASCENDI DOMINICI GREGIS»

SOBRE LAS DOCTRINAS DE LOS MODERNISTAS

En octubre de 1944, Jaime Bofill se preguntaba en estas mismas páginas, a propósito de la aparición de la encíclica Pascendi, promulgada el 8 de septiembre de 1907: «¿Puede decirse que se trata de un problema ya histórico, o siguen flotando en el aire tendencias modernistas?». Hoy, medio siglo después, reiteramos la pregunta, con el propósito de incitar a la lectura de esta selección.

Al oficio de apacentar la grey del Señor que Nos ha sido confiada de lo alto, Jesucristo señaló como primer deber el de guardar con suma vigilancia el depósito tradicional de la santa fe, tanto frente a las novedades profanas del lenguaje, como a las contradicciones de una falsa ciencia. No ha existido época alguna en la que no haya sido necesaria a la grey cristiana esa vigilancia de su Pastor supremo porque jamás han faltado, suscitados por el enemigo del género humano, hombres de lenguaje perverso, decidores de novedades y seductores, sujetos al error y *que arrastran al error*.

[...]

Hablamos, Venerables Hermanos, de un gran número de católicos seculares y, lo que es aun más deplorable, hasta de sacerdotes, los cuales so pretexto de amor a la Iglesia, faltos en absoluto de conocimientos serios en Filosofía y Teología, e impregnados, por lo contrario, hasta la médula de los huesos, con venenosos errores bebidos en los escritos de los adversarios del Catolicismo, se presentan, con desprecio de toda modestia, como restauradores de la Iglesia, y en apretada falange, asaltan con audacia todo cuanto hay de más sagrado en la obra de Jesucristo, sin respetar ni aun la propia persona del divino Redentor, que con sacrílega temeridad rebajan a la categoría de puro y simple hombre.

2. Tales hombres se extrañan de verse colocados por Nos entre los enemigos de la Iglesia. Pero no se extrañará de ello nadie que, prescindiendo de las intenciones, reservadas al juicio de Dios, conozca sus doctrinas y su manera de hablar y obrar. Son en verdad enemigos de la Iglesia, y no se apartará de lo verdadero quien dijere que ésta no los ha tenido peores. Porque, en efecto, como ya hemos dicho, ellos traman la ruina de la Iglesia, no desde fuera, sino desde dentro: en nuestros días el peligro está casi en las entrañas mismas de la Iglesia y en sus mismas venas, y el daño

producido por tales enemigos es tanto más inevitable cuanto más a fondo conocen a la Iglesia. Añádase que han aplicado la segur, no a las ramas, ni tampoco a débiles renuevos, sino a la raíz misma; esto es, a la fe y a sus fibras más profundas. Mas una vez herida esa raíz de vida inmortal, se empeñan en que circule el virus por todo el árbol y en tales proporciones que no hay parte alguna de la fe católica donde no pongan su mano, ninguna que no se esfuercen por corromper. Y mientras persiguen por mil caminos su nefasto designio, su táctica es la más insidiosa y pérfida. Amalgamando en sus personas al racionalista y al católico, lo hacen con habilidad tan refinada, que fácilmente sorprenden a los incautos. Por otra parte, por su gran temeridad, no hay linaje de consecuencias que les haga retroceder, o, más bien, que no sostengan con obstinación y audacia. Juntan a esto, y es lo más a propósito para engañar, una vida llena de actividad, constancia y ardor singulares hacia todo género de estudios, aspirando a granjearse la estimación pública por sus costumbres, con frecuencia intachables. Por fin, y esto parece quitar toda esperanza de remedio, sus doctrinas les han pervertido el alma de tal suerte, que desprecian toda autoridad y no soportan corrección alguna; y atrincherándose en una conciencia mentirosa, nada omiten para que se atribuya a celo sincero de la verdad lo que sólo es obra de la tenacidad y del orgullo.

A la verdad, Nos habíamos esperado que algún día volverían sobre sí, y por esa razón habíamos empleado con ellos primero la dulzura como con hijos, después la severidad y, por último, aunque muy contra Nuestra voluntad, las reprensiones públicas. Pero no ignoráis, Venerables Hermanos, la esterilidad de Nuestros esfuerzos: inclinaron un momento la cabeza, para erguirla en seguida con mayor orgullo. Ahora bien: si sólo se tratara de ellos, podríamos Nos tal vez disimular, pero se trata

de la Religión católica y de su seguridad. Basta, pues, de silencio; prolongarlo sería un crimen. Tiempo es de arrancar la máscara a esos hombres y de mostrarlos a la Iglesia entera tales cuales son en realidad.

3. Y como una táctica de los modernistas (así se les llama vulgarmente, y con mucha razón), táctica, a la verdad, la más insidiosa consiste en no exponer jamás sus doctrinas de un modo metódico y en su conjunto, sino dándolas en cierto modo por fragmentos y esparcidas acá y allá, lo cual contribuye a que se les juzgue fluctuantes e indecisos en sus ideas, cuando en realidad éstas son perfectamente fijas y consistentes; ante todo, importa presentar en este lugar esas mismas doctrinas en un conjunto, y hacer ver el enlace lógico que las une entre sí, reservándonos indicar después las causas de los errores y prescribir los remedios más adecuados para cortar el mal.

Pues ya, empezando por el filósofo, el fundamento de la filosofía religiosa lo ponen los modernistas en la doctrina que vulgarmente llaman *agnosticismo*. Según éste, la razón humana está absolutamente encerrada en los *fenómenos*, es decir, en las cosas que aparecen y en la apariencia en que aparecen, sin que tenga derecho ni poder para traspasar sus términos. Por tanto, ni es capaz de levantarse hasta Dios ni puede conocer su existencia ni aun por las cosas que se ven. De aquí se infiere que Dios no puede en modo alguno ser directamente objeto de la ciencia; y por lo que a la historia se refiere, Dios no puede en modo alguno ser considerado como sujeto histórico. Sentados estos principios, cualquiera puede ver fácilmente qué queda de *la teología natural*, qué de *los motivos de credibilidad*, qué de *la revelación externa*. Y es que todo eso lo suprimen los modernistas y lo relegan al *intelectualismo*: sistema —dicen— ridículo y de mucho tiempo muerto. [...]

La religión, sea natural, sea sobrenatural, como otro hecho cualquiera, tiene que tener una explicación. Pero borrada la teología natural, cerrado el paso a la revelación por haber rechazado los argumentos de credibilidad, más aún, suprimida de todo punto cualquier revelación externa, en vano se busca fuera del hombre la explicación. Hay que buscarla, pues, dentro del hombre mismo, y como la religión es cierta forma de vida, se ha de encontrar necesariamente en la vida del hombre. De ahí la afirmación del principio de la *inmanencia religiosa*. Ahora pues, el primer, como si dijéramos, movimiento de cualquier fenómeno vital, cual ya hemos dicho que es la religión, hay que derivarlo de alguna indigencia o impulso; y los orígenes, si hemos de hablar más ceñidamente de la vida, hay que ponerlos

en cierto movimiento del corazón que se llama *sentimiento*. Por lo cual, como quiera que el objeto de la religión es Dios, hay que concluir absolutamente que la fe, principio y fundamento de toda religión, debe colocarse en cierto sentimiento íntimo que nace de la indigencia de lo divino.

Ahora bien, esta indigencia de lo divino, al no sentirse más que en determinados y aptos complejos, no puede de suyo pertenecer al ámbito de la conciencia, y está primeramente oculta por bajo de la conciencia o, como dicen con palabra tomada a la moderna filosofía, en la *subconciencia*, donde está también su raíz oculta e incomprendida. Alguien preguntará tal vez de qué modo finalmente se convierte en religión esta indigencia de lo divino que el hombre percibe en sí mismo. A esto responden los modernistas: la ciencia y la historia están limitadas por doble barrera: una externa, que es el mundo visible, y otra interna, que es la conciencia. Apenas llegan a una u otra, no pueden pasar adelante; pues más allá de estos límites está *lo incognoscible*. Ante este incognoscible, ora esté fuera del hombre y más allá de la naturaleza visible de las cosas, ora se oculte dentro, en la subconciencia, la indigencia de lo divino excita un peculiar *sentimiento* en el alma inclinada a la religión, sin que preceda juicio alguno de la mente según los principios del fideísmo; este sentimiento implica en sí mismo la realidad misma divina, ya como objeto, ya como causa íntima de sí mismo, y une en cierto modo al hombre con Dios. Ahora bien, este sentimiento es el que los modernistas llaman con el nombre de *fe* y es para ellos el principio de la religión.

Pero no termina aquí la filosofía o, mejor dicho, el delirio. Efectivamente, en tal sentimiento, no hallan los modernistas solamente la fe, sino con la fe y en la misma fe, tal como ellos la entienden, afirman que tiene lugar la revelación. A la verdad, ¿qué más hay que pedir para la revelación? ¿Acaso no llamaremos revelación o por lo menos principio de revelación a ese mismo sentimiento religioso que aparece en la conciencia y hasta en Dios mismo que, aunque confusamente, se manifiesta a las almas en ese mismo sentimiento religioso? Añaden sin embargo: como Dios es a la vez objeto y causa de la fe, aquella revelación juntamente versa sobre Dios y viene de Dios; es decir, que tiene a Dios a la vez por revelante y revelado. De aquí, venerables Hermanos, la afirmación sobremanera absurda de los modernistas, según la cual toda religión ha de ser llamada según aspecto diverso al mismo tiempo natural y sobrenatural. De ahí la confusa significación de conciencia y revelación. De ahí la ley por la que *la conciencia religiosa*

se erige en regla universal, que ha de equipararse con la revelación, y a la que todos tienen que someterse, hasta la suprema potestad de la Iglesia, ora enseñe, ora estatuya sobre culto y disciplina.

[...]

11. Que el dogma no sólo puede, sino que debe evolucionar y cambiar, no sólo lo afirman en realidad desenfadadamente los modernistas, sino que es consecuencia que se sigue evidentemente de sus principios. Porque entre los puntos principales de su doctrina tienen ellos uno que deducen del principio de la inmanencia vital y es que las fórmulas religiosas, para que sean realmente religiosas y no puras elucubraciones del entendimiento, tienen que ser vitales y vivir la vida misma del sentimiento religioso. Lo cual no ha de entenderse como si estas fórmulas, sobre todo si son puramente imaginativas, hubieran sido inventadas para el sentimiento mismo religioso, pues nada importa en absoluto de su origen ni tampoco de su número o cualidad, sino en el sentido de que el sentimiento religioso, aun imponiéndoles, si hace falta, alguna modificación, se las asimile *vitalmente*. Es decir, para expresarlo de otro modo, es menester que la fórmula *primitiva* sea aceptada por el corazón y que éste la sancione; y que, igualmente bajo la dirección del corazón, se realice el trabajo por el que se engendran las fórmulas *secundarias*. De ahí resulta que, para que estas fórmulas sean vitales, tienen que ser y permanecer acomodadas juntamente a la fe y al creyente. Consiguientemente, si por cualquier causa cesa esta acomodación, pierden aquéllas sus primitivas nociones y necesitan mudarse. Ahora bien, siendo inestable esta fuerza y fortuna de las fórmulas dogmáticas, no es de maravillar que los modernistas las hagan objeto de tanto escarnio y desprecio, mientras por lo contrario de nada hablan, nada exaltan tanto como el sentimiento religioso y la vida religiosa. De ahí también que ataquen con extrema audacia a la Iglesia de que anda por camino extraviado, pues, dicen, no distingue para nada la fuerza moral y religiosa, de la significación externa de las fórmulas y, adhiriéndose con vano trabajo y suma tenacidad a fórmulas que carecen de sentido, deja que se diluya la religión misma. *Ciegos y guías de ciegos* (Mt. 15, 14] que, hinchados con soberbio nombre de ciencia, llegan a extremo tal de locura que pervierten la eterna noción de la verdad y el genuino sentimiento de la religión, con la introducción de un sistema nuevo en que, *por temerario y desenfrenado afán de novedades, no se busca la verdad donde realmente se halla y, desdeñadas las santas tradiciones apostólicas, se invocan otras doctrinas vanas, fútiles e inciertas y que la Iglesia no*

ha aprobado, sobre las que hombres de todo en todo vanos se imaginan que se apoya y sostiene la verdad misma. Esto, Venerables Hermanos, por lo que se refiere al modernista como filósofo.

[...]

21. Algo hemos indicado ya sobre la naturaleza y origen de los Libros Sagrados. Éstos, conforme a los principios de los modernistas, pudieran muy bien definirse como una *colección de experiencias*, no de las que a cualquiera le ocurren a cada paso, sino de las extraordinarias e insignes, que se han dado en toda religión. Así absolutamente lo enseñan los modernistas sobre nuestros Libros lo mismo del Antiguo que del Nuevo Testamento. Con miras, sin embargo, a sus opiniones notan con suma astucia: Aun cuando la experiencia se refiere al presente, puede no obstante tomar su materia de lo pasado, lo mismo que de lo por venir, en cuanto el creyente vuelve a vivir lo pasado al modo de lo presente por medio del recuerdo, o lo por venir, por anticipación. Y esto explica por qué entre los Libros Sagrados pueden contarse los históricos y los apocalípticos. Así, pues, Dios habla ciertamente en estos libros por medio del creyente; pero, como enseña la teología de los modernistas, sólo habla por la inmanencia y la permanencia vital. Preguntaremos: ¿Qué se hace entonces de la inspiración? Ésta —responden— si no es tal vez por su grado de vehemencia, no se distingue en nada del impulso por el que el creyente se siente movido a comunicar su fe de palabra o por escrito. Algo semejante tenemos en la inspiración poética por lo que alguien dijo: «Está Dios en nosotros, y agitados por Él nos encendemos». De esta inspiración añaden los modernistas que nada hay absolutamente en los Sagrados Libros que carezca de ella. Al afirmar esto, pudiera creérselos más ortodoxos que otros modernos que limitan en parte la inspiración, como por ejemplo, cuando introducen las que se llaman *citas tácitas*. Pero aquéllos hablan así sólo de boca y simuladamente. Porque si juzgamos la Biblia por los principios del agnosticismo, es decir, como obra humana compuesta por hombres, aunque se le conceda al teólogo el derecho de proclamarla divina por la inmanencia, ¿cómo puede, en definitiva, coartarse más la inspiración? Los modernistas afirman realmente la inspiración universal de los Libros Sagrados; pero en sentido católico, no admiten ninguna.

[...]

28. [...] Algunos modernistas que se dedican a escribir historia parecen demostrar cuidado extremo por que no se los tenga por filósofos, antes bien proclaman hallarse totalmente ayunos de filosofía. Astucia suma,

para que nadie piense que se hallan imbuidos de prejuicios filosóficos y que no son, por ende, como dicen, absolutamente *objetivos*. La verdad es, sin embargo, que su historia o su crítica respira pura filosofía y que lo que ellos infieren, se deduce de sus principios filosóficos, por exacto raciocinio, lo que fácilmente resultará patente para quien reflexione. Las tres primeras reglas o cánones de tales historiadores o críticos, como dijimos, son aquellos mismos principios que arriba adujimos de los filósofos: *el agnosticismo*, el teorema de la *transfiguración* de las cosas por la fe, y otro que nos pareció podía llamarse de la *desfiguración*. Señalemos ya las consecuencias de cada uno. En virtud del agnosticismo, la historia, no de otro modo que la ciencia, únicamente se ocupa en los fenómenos. Luego Dios, lo mismo que cualquier intervención divina en lo humano, deben relegarse a la fe, como cosa que pertenece a ella sola. Por tanto, si se presenta algo que consta de doble elemento, divino y humano, como son Cristo y la Iglesia, los sacramentos y muchas otras cosas a este tenor, hay que partirlo y distribuirlo de manera que lo humano se dé a la historia y lo divino a la fe. De ahí la distinción corriente entre los modernistas del Cristo histórico y el Cristo de la fe, la Iglesia de la historia y la Iglesia de la fe, los sacramentos de la historia y los sacramentos de la fe, y otras cosas semejantes a cada paso. Luego, ese mismo elemento humano que vemos toma el historiador para sí, tal como aparece en los monumentos, hay que decir que ha sido elevado por la fe en fuerza de la *trasfiguración* más allá de las condiciones históricas. Es menester, pues, separar nuevamente las adiciones hechas por la fe y relegarlas a la fe misma y a la historia de la fe; así, tratándose de Cristo, cuanto sobrepasa la condición de hombre, ora la natural, tal como la psicología la presenta, ora la que resulta del lugar y tiempo en que vivió. Además, en virtud del tercer principio de su filosofía, las cosas mismas que no exceden el ámbito de la historia, las pasan como por una criba y relegan igualmente a la fe todo lo que, a su juicio, no entra en la que llaman *lógica* de los hechos o no se adapta a las personas. Así quieren que Cristo no dijera nada que parezca sobrepasar la capacidad del vulgo que le oía. De aquí que de su historia *real* borran y pasan a la fe todas las alegorías que ocurren en sus discursos. Se preguntará tal vez en qué ley se funda tal discernimiento. Se funda en el carácter del hombre, en la condición que ocupó en su patria, en su educación, en el complejo de circunstancias de un hecho cualquiera: en una palabra, si es que lo hemos comprendido bien, en una norma que, en definitiva, viene a parar en puramente *subjetiva*. Es decir, que se esfuerzan en tomar

y casi representar ellos la figura de Cristo y, lo que ellos hubieran hecho en circunstancias semejantes, eso todo se lo pasan a Cristo. Así, pues, para concluir, *a priori* y llevados de determinados principios de filosofía que ciertamente profesan, pero que afectan ignorar, en la historia que llaman real afirman que Cristo no fue Dios ni hizo nada divino; como hombre, empero, sólo hizo o dijo lo que ellos, en relación a los tiempos de Cristo, le conceden hacer o decir.

[...]

37. Réstamos finalmente añadir algo sobre el modernista en cuanto reformador. Ya lo que hasta aquí hemos dicho pone de manifiesto de cuán grande y vivo afán innovador están animados estos hombres. Y este afán se extiende a las cosas todas absolutamente que hay entre los católicos. Quieren que se innove la filosofía, sobre todo en los sagrados Seminarios, de suerte que, relegada la escolástica a la historia de la filosofía entre los demás sistemas que ya están envejecidos, se enseñe a los adolescentes la filosofía moderna que es la sola verdadera y que responde a nuestra época. Para innovar la teología, quieren que la que llamamos teología racional tenga por fundamento la filosofía moderna, y la teología positiva, piden que se funde sobre todo en la historia de los dogmas. La historia reclaman también que se escriba según su método y las prescripciones modernas. Decretan que los dogmas y su evolución se concilien con la ciencia y la historia. Por lo que a la catequesis se refiere, exigen que en los libros catequéticos sólo se consignen los dogmas innovados y que estén al alcance del vulgo. Acerca del culto dicen que deben disminuirse las devociones exteriores y prohíben que se aumenten; si bien otros, que son más partidarios del simbolismo, se muestran aquí más indulgentes. El régimen de la Iglesia gritan que ha de reformarse en todos sus aspectos, sobre todo en el disciplinar y dogmático; y, por tanto, que ha de conciliarse por dentro y por fuera con la conciencia moderna que tiende toda a la democracia: hay que dar, por ende, al clero inferior y a los mismos laicos su parte en el régimen, y distribuir una autoridad que está demasiado recogida y centralizada. Quieren igualmente que se cambien las congregaciones romanas, y ante todo las que se llaman del *Santo Oficio* y del *Índice*. Igualmente pretenden que se varíe la acción del régimen eclesiástico en asuntos políticos y sociales, para que juntamente se destierre de las ordenaciones civiles y se adapte, no obstante, a ellas para imbuirlas de su espíritu. En materia moral, aceptan el principio de los americanistas de que las virtudes activas han de anteponerse a las pasivas y promover preferentemente su ejercicio. [...] Piden que el clero se

forme de manera que muestre su antigua humildad y pobreza y se adapte por pensamiento y obras a los preceptos o enseñanzas del modernismo. Hay finalmente quienes, dando de muy buena gana oídos a los maestros protestantes, desean que se suprima en el sacerdocio el mismo sagrado celibato. ¿Qué dejan, pues, intacto en la Iglesia, que no haya de ser reformado por ellos y de acuerdo con sus proclamas?

En toda esta exposición de la doctrina de los modernistas, Venerables Hermanos, tal vez parezca a alguno que nos hemos detenido demasiado; ello, sin embargo, era de todo punto necesario, ora para que no nos tacharan, como suelen, de ignorancia de sus cosas; ora para poner en claro que cuando se trata del modernismo, no es cuestión de doctrinas vagas, sin nexos alguno entre ellas, sino de un como cuerpo único y compacto, en que admitido un principio, todo lo demás se sigue de necesidad. Por eso nos hemos valido de un método casi didáctico y no hemos alguna vez rehuido los vocablos no latinos que emplean los modernistas.

Contemplando ahora como en una sola mirada el sistema entero, nadie se admirará si lo definimos como un conjunto de todas las herejías. A la verdad, si alguien se propusiera juntar, como si dijéramos, el jugo y la sangre de cuantos errores acerca de la fe han existido, jamás lo hubiera hecho mejor de como lo han hecho los modernistas. Es más, han llegado éstos tan lejos que, como ya insinuamos, no sólo han destruido la religión católica, sino toda religión en absoluto. De

ahí los aplausos de los racionalistas; de ahí que quienes entre éstos hablan más libre y abiertamente, se felicitan de que no han hallado auxiliares más eficaces que los modernistas..

[...]

46. En primer lugar, pues, por lo que hace al estudio, queremos y con todo encarecimiento mandamos, que se establezca la filosofía escolástica como fundamento de los estudios sagrados.

A la verdad, si hay alguna cosa tratada por los escolásticos con demasiada sutileza o enseñada inconsideradamente, si hay algo menos concorde con las doctrinas comprobadas de los tiempos modernos, o finalmente, que de ningún modo se puede aprobar, de ninguna manera está en Nuestro ánimo el proponerlo para que sea seguido en nuestro tiempo.

Y en este punto principal entiéndase que al ordenar el estudio de la filosofía escolástica, Nos referimos principalmente a la que dejó en herencia Santo Tomás de Aquino, acerca de la cual queremos que siga en todo su vigor cuanto fue dispuesto por Nuestro Antecesor, y, si es necesario, lo renovamos, y confirmamos y mandamos que por todos sea estrictamente observado. A los Obispos pertenecerá estimular y exigir, si en alguna parte se hubiese descuidado en los Seminarios, que se observe en adelante, y lo mismo mandamos a los superiores de las Órdenes religiosas. Queremos que los que enseñan estén firmemente advertidos de que, el apartarse del Doctor de Aquino, principalmente en las cuestiones metafísicas, no se hará esto nunca sin grave detrimento.

SU ESPÍRITU DE POBREZA

Su hermano Ángel había ingresado en un colegio distinguido de Cremona a dos nietecitos huérfanos de madre; pero, no pudiendo pagar al final de curso la pensión, se dirigió al Papa para pedirle una ayuda.

—Para este primer año escolar —le contestó Pío X—, pase, porque no debes hacer un mal papel; pero tú sacarás en seguida a los niños de aquel colegio, que es para ricos, y nosotros somos pobres.

DAL-GAL, *San Pío X*, pp. 300-301

LA ACCIÓN CLARIVIDENTE DE SAN PÍO X

Francisco Canals Vidal

En el año en que ha ocurrido el octogésimo aniversario de la muerte del santo pontífice Pío X, y mientras esta revista se propone tratar algunos de los aspectos más decisivos de su actividad pastoral en la Cátedra apostólica, quiero en esta nota atender a una de las orientaciones más decisivas de aquel pontificado que, al decir de Pío XII, «brilló, en una Edad de oro de la Iglesia».

San Pío X sintió una profunda y práctica preocupación por la formación doctrinal de los futuros sacerdotes. Pío XII en el discurso citado habló de él como del «incomparable promotor de las ciencias sagradas y profanas», y recordó concretamente el esfuerzo del santo pontífice por «el eficaz incremento de los estudios filosóficos y teológicos según el método, la doctrina y los principios del Doctor Angélico».

Algunas de las orientaciones y mandatos dirigidos a reafirmar en la enseñanza eclesiástica la vigencia de la doctrina de santo Tomás cuentan entre los acontecimientos más significativos, y desgraciadamente tal vez más discutidos, de los ocurridos en la Iglesia en los últimos siglos.

En otra parte de este mismo número se estudia documentadamente la génesis de las célebres «veinticuatro tesis» tomistas, que se orientaban a una presentación concreta y prácticamente delimitada de la síntesis metafísica propia del Doctor Angélico. Por mi parte, me propongo establecer con claridad cuál fue la actitud fundamental que impulsaba al santo pontífice a procurar efectivamente aquella vigencia de la filosofía de santo Tomás.

En la oración litúrgica de la fiesta conmemorativa de san Pío X se habla de él como dotado de fortaleza en la defensa de la fe católica. Si todas sus actividades se rigieron por este empeño en la fidelidad en el «apacentar la grey del Señor» —por recordar las palabras iniciales de la inmortal encíclica contra el modernismo— su esfuerzo en continuar las directivas de su predecesor León XIII en favor de «la filosofía cristiana según la mente del Doctor Angélico», podría decirse que se mueve en la línea de fuerza central de sus preocupaciones pastorales.

En las letras apostólicas *Sacrorum Antistitum*, de primero de septiembre de 1910, establece que «en lo

que concierne a los estudios, queremos y ordenamos expresamente que la Filosofía escolástica sea establecida como fundamento de los estudios sagrados... y, lo que es capital, la filosofía escolástica que prescribimos que sea seguida, entendemos que es principalmente la enseñada por santo Tomás de Aquino».

Esta directiva, ya tan concreta pero que sería todavía más precisada ulteriormente, ha de ser entendida en el contexto de la preocupación pastoral que se había expresado con clarividencia profética en la encíclica *Pascendi dominici gregis* de 8 de septiembre de 1907:

«Queremos que los que enseñan estén firmemente advertidos de que, al apartarse del Doctor de Aquino, principalmente en las cuestiones metafísicas, no se hará esto nunca sin grave detrimento».

La naturaleza del grave detrimento anunciado en la encíclica condenatoria del modernismo está reiterado en el documento que antes citábamos: *Sacrorum Antistitum* y caracterizado con nueva precisión en el *motu proprio* de 29 de junio de 1914 titulado *Doctoris Angelici*:

«Lo que en la filosofía de Santo Tomás es capital no ha de ser computado entre aquellas opiniones de las que es lícito disputar en uno u otro sentido, sino que pertenece a los fundamentos en los que se apoya toda ciencia de las cosas naturales y divinas.

»Una vez conmovidos tales principios o de algún modo pervertidos, se sigue necesariamente que los alumnos de las disciplinas sagradas ni siquiera entiendan el sentido de las palabras por las que se proponen por el magisterio de la Iglesia los dogmas divinamente revelados».

Es en este campo de los estudios filosóficos y teológicos en el que las orientaciones y los preceptos del santo pontífice se ven hoy como el ejemplo más luminoso de aquello por lo que Pío XII hablaba de la previsión clarividente del santo pontífice vindicador de la fe católica.

Su recomendación de la filosofía de Santo Tomás no se apoyaba en una preferencia subjetiva y personal de escuela, sino que se orientaba al servicio de la fe católica, a la salvaguarda de la pureza y ortodoxia del lenguaje dogmático.

LA REDACCIÓN DE LAS XXIV TESIS TOMISTAS

Eudaldo Forment

S. Tomás, doctor propio de la Compañía de Jesús

En la conclusión de la célebre encíclica *Aeterni Patris* (4 de agosto de 1879), por la que el papa León XIII hacía un llamamiento para la restauración de la filosofía cristiana conforme al método y a la doctrina de santo Tomás de Aquino, se lee: «Os exhortamos con todas nuestras fuerzas a todos vosotros, Venerables Hermanos, a que para honor y defensa de la fe católica, para bien de la sociedad, para el progreso de todas las ciencias, restablezcáis y propaguéis con toda la posible latitud, la áurea ciencia de Santo Tomás. Y decimos de Santo Tomás, porque si algún punto fuera de los doctores escolásticos, o investigado con nimia sutileza, o enseñado con poca madurez; si alguna cosa resultase menos conforme con las doctrinas dadas a luz en época posterior, o de cualquier otro modo improbable, eso no es en modo alguno nuestro ánimo proponerlo a nuestra edad como digno de imitación».¹

Esta instigación universal se particularizó a la Compañía de Jesús en las Letras Apostólicas *Gravissime Nos* (30 de diciembre de 1892). Parece ser que este importante documento es una respuesta a la consulta —presentada por el prepósito general Luis Martín, jesuita español elegido en septiembre de 1892—, sobre la obligación de seguir a santo Tomás tal como precribía el documento pontificio, y dirigida al mismo Papa.²

En este Breve el Papa, confirmando y ratificando las Constituciones y Decretos de la Compañía, que ponen la doctrina de santo Tomás como remedio oportuno para los males del mundo actual, recuerda que el mismo san Ignacio, al redactar las Constituciones de la Compañía de Jesús, estableció que: «En la Teología leerse el viejo y nuevo Testamento y la doctrina escolástica de Santo Tomás y de lo positivo escogerse han los que más convienen para nuestro fin».³ Y, por primera vez en un instituto religioso,

también se refería a la filosofía que debía ser propia de la orden, al escribir: «En la Lógica y Filosofía natural y moral, y Metafísica seguirse ha la doctrina de Aristóteles, y en las otras Artes Liberales».⁴

Además de recordar que san Ignacio estableció que la doctrina de la Compañía fuese la de santo Tomás, León XIII indica también que: «Los Padres de la Quinta Congregación general (...) establecieron unánimemente que “En teología escolástica se ha de seguir la doctrina de Santo Tomás, como la más sólida, la más segura, la más aprobada y congruente con las Constituciones” (Congr. Gen., V, Decret. 41, año 1593). Y, para dar mayor firmeza a este decreto, quisieron añadir: “Los nuestros tengan absolutamente a Santo Tomás como su propio Doctor”».

Concluye el papa León XIII que, según estos y otros muchos documentos, la Compañía debe seguir a santo Tomás de Aquino, su «Doctor propio»: «Quien atienda a las prescripciones de la Compañía sobre los estudios se le hará patente que la doctrina de santo Tomás se ha de seguir, no sólo en las cosas teológicas, sino también en las filosóficas. Pues según la Regla se ha de seguir en Filosofía a Aristóteles, la filosofía de Santo Tomás no es otra que la aristotélica, porque el Angélico interpretó esta filosofía con más competencia que nadie, la enmendó de errores, la hizo cristiana y la utilizó en la exposición y vindicación de la verdad católica».

Finalmente advierte que los escritores de la Compañía deben servir de ayuda para la comprensión de santo Tomás y así lograr la unidad doctrinal: «Hay que precaverse de que el prestigio de que gozan tan eximios autores y el mismo estudio con que se atiende a sus escritos, más que ayuda, que contribuya como es debido a cultivar la verdadera doctrina de Santo Tomás, venga a ser obstáculo a la uniformidad de la doctrina; pues ésta en modo alguno ha de esperarse, a no ser que los discípulos de la Compañía se adhieran a un solo autor, a áquel ya probado, y únicamente acerca del cual está ordenado: “que sigan a Santo Tomás y ténganle como su Doctor propio”».⁵

1. Encíclica *Aeterni Patris*, AAS 12 (1879), p. 114.

2. Letras Apostólicas *Gravissime Nos* en *Sanctissimi Domini Nostri Leonis Papae XIII allocutiones, epistolae, constitutiones, aliaque acta praecipua*, 8 vols., Brugis et Insulis, 1877-1910, vol. V, pp. 365 ss. Véase CRISTIANIDAD (Barcelona), XLVIII/720-723, pp. 41-44.

3. SAN IGNACIO, *Constitutiones cum declarationibus*, IV, c. 14, 1.

4. *Ibid.*, 3.

5. Letras Apostólicas *Gravissime Nos*, op. cit., pp. 371-375. Explica Bertrand de Margerie que, según «una declaración hecha al

Resistencias a las disposiciones de san Pío X

Su sucesor, san Pío X, asumió plenamente esta herencia de León XIII, poniendo todavía un mayor empeño en la vuelta a santo Tomás. En su encíclica *Pascendi* (8 de septiembre de 1907), después de la condena del modernismo, al indicar los remedios contra ese mal, recuerda la exhortación de León XIII de la *Aeterni Patris*, y con el intento de clarificarla, escribe: «Por lo que hace al estudio, queremos y con todo encarecimiento mandamos, que se establezca la filosofía escolástica como fundamento de los estudios sagrados. Y en este punto principal entiéndase que al ordenar el estudio de la filosofía escolástica, Nos referimos *principalmente* a la que dejó en herencia Santo Tomás de Aquino, acerca de la cual queremos que siga en todo su vigor cuanto fue dispuesto por Nuestro Antecesor, y, si es necesario, lo renovamos, y confirmamos y mandamos que por todos sea estrictamente observado».⁶

Todavía de un modo más preciso se refiere a la filosofía del Aquinate diciendo: «Y a los Maestros les exhortamos a que tengan fijamente presente que el apartarse de Santo Tomás, principalmente en las cuestiones metafísicas, no se hará nunca sin grave detrimento».⁷

Poco tiempo después, en el Motu Proprio *Sacrorum Antistitum* (1 de septiembre de 1910), el Papa, con estas mismas palabras se dirigía a «todos los Obispos y Maestros supremos de las Órdenes religiosas». Seguidamente añadía: «A los Obispos toca el urgir y exigir que se guarden estos mandatos en lo sucesivo, si viesen que en algunos Seminarios se hubiese desatendido hasta ahora. Lo mismo preceptuamos a los Superiores de las Órdenes Religiosas».⁸

P. General Luis Martín por el Cardenal (jesuita) Mazzella sobre el origen del documento de León XIII: "El Papa ha concebido este proyecto siguiendo los deseos de su hermano difunto que había dejado algunos papeles para este propósito cuando murió". Mazzella fue probablemente el redactor» (BERTRAND DE MARGERIE, S.I., *Mélanges anthropologiques à la lumière de saint Thomas d'Aquin*, París, Editions Universitaires et Editions Mame, 1993, Apéndice final: Saint Thomas d'Aquin, docteur propre de la Compagnie de Jésus, p. 289).

Como también indica el padre Bertrand de Margerie, el hermano del Papa era el cardenal José Pecci (1807-1890), discípulo del jesuita Serafín Sordi, gran propagador del tomismo, alumno de Vicente Buzzetti, iniciador del movimiento tomista, gracias a la labor del catalán Juan Tomás de Boxadors. El cardenal Pecci formó un importante núcleo en Perugia y fue el primer presidente de la «Pontificia Academia Romana de Santo Tomás». Poco antes de morir reingresó en la Compañía de Jesús, de la que había salido en 1848. La renovación de sus votos solemnes fue recibida por el cardenal Mazzella, en nombre del P. General. Mazzella le sucedió en la presidencia de la «Pontificia Academia de Santo Tomás».

6. Encíclica *Pascendi*, AAS 40 (1907), pp. 639-640.

7. *Ibid.*, p. 640.

8. Motu Proprio *Sacrorum Antistitum*, AAS 2 (1910), p. 656.

No obstante, como ha indicado el profesor Saranyana: «El clima de incertidumbre en que se movían los profesores de los seminarios y de las facultades eclesiásticas, motivado por las contestaciones a la autoridad doctrinal de santo Tomás y, sobre todo, por las dudas y discusiones en torno al genuino pensamiento tomista, empezó a ser preocupante».⁹

El mismo Papa, en un nuevo documento, el Motu Proprio *Doctoris Angelici* (29 de junio de 1914) se hizo eco de estas tensiones y más concretamente de las distintas hermenéuticas de la expresión «principalmente» (*praecipue*). «Ahora bien; habiendo Nos dicho en el lugar citado (*Sacrorum Antistitum*) que la filosofía de Santo Tomás se había de seguir *principalmente*, y no habiendo escrito la palabra *únicamente*, algunos han creído que se conformaban con Nuestra voluntad, o al menos no se oponían a ella, si en las materias enseñadas en Filosofía por cualquiera de los Doctores escolásticos, aunque esas enseñanzas se contrapusieran a los principios de Santo Tomás, optaban indistintamente por ellas».

Con fuerza y con máxima claridad añade que se equivocan totalmente: «Más grandemente les ha engañado su parecer. Es evidente que al proponer a Santo Tomás como principal adalid de la filosofía escolástica, Nos queríamos entender esto sobre todo de los principios del Santo, en cuyos fundamentos descansa toda su filosofía».¹⁰

La elaboración por Mattiussi de las Tesis

No es extraño que el Romano Pontífice atendiese la sugerencia de Guido Mattiussi (1852-1925) —jesuita tomista, discípulo de otro notable jesuita, Juan Cornoldi (1882-1892), uno de los principales renovadores del tomismo, que conoció gracias a los escritos de Serafín Sordi (1792-1865), uno de los primeros restauradores del tomismo—, de que la Santa Sede presentase las principales tesis de la filosofía de santo Tomás. Paolo Dezza, que ha escrito varios estudios sobre la génesis de las veinticuatro tesis tomistas,¹¹ explica que a finales de septiembre de 1910,

9. JOSEP-IGNASI SARANYANA, «Sobre la recepción de las XXIV Tesis Tomistas en España (1914-1917)», en *Acti del IX Congresso Tomistico Internazionale*, Pontificia Accademia di S. Tommaso, Libreria Editrice Vaticana, 1992, vol. VI, pp. 275-289, p. 277.

10. Motu Proprio *Doctoris Angelici*, AAS 6 (1914), pp. 336-337.

11. P. DEZZA, *Alle origini del neotomismo*, Milán, Bocca, 1940; ÍDEM, *I neotomisti italiani del XIX secolo*, vol. I, Milán, Bocca, 1942; ÍDEM, «La Sacra Congregazione per l'Educazione cattolica e l'autorità dottrinale di S. Tommaso», en *Seminarium* (Ciudad del Vaticano), 29 (1977), pp. 674-698; ÍDEM, «La preparazione dell'Enciclica «Aeterni Patris» (Il contributo della Compagnia di Gesù-L'Aloisianum)», en *Acti dell'VIII Congresso Tomistico Internazionale*, Pontificia Accademia di S. Tommaso, 1981, vol. I, pp. 51-65.

otro jesuita, el padre Giuseppe Leonardi, íntimo amigo de Mattiussi, presentó al Papa una carta de este último. En ella le proponía la conveniencia de que se indicasen las principales afirmaciones de la doctrina filosófica del Aquinate, para que, con total seguridad se pudiesen seguir las directrices del Papa. La carta iba acompañada de una lista de veinte posibles tesis.

Al Papa le agradó la propuesta. Escribió una carta a Mattiussi (6 de octubre de 1910) pidiéndole que diera forma definitiva al esbozo que había elaborado. Lo que hizo casi inmediatamente, enviando de nuevo su lista de veinte tesis mejorada en claridad y estilo. El Papa pidió a distintos profesores que las revisasen y le dieran su opinión sobre esta versión. No se conoce el nombre de todos ellos. Se sabe que uno de ellos fue Genaro Bucceroni, profesor de la Universidad Gregoriana. En una carta fechada el 1 de noviembre de aquel año, se manifestó contrario a su formulación y publicación.

Recientemente Enrique Miguel Aguayo ha probado que otro de los filósofos consultados fue el jesuita francés Louis Billot (1846-1931), entonces profesor de Teología dogmática de la Universidad Gregoriana, Consultor del Santo Oficio y que fue nombrado cardenal en 1911, por sus servicios prestados a la Iglesia. Su respuesta afirmativa, justificando la publicación del documento en las *Acta Apostolicae Sedis* por la situación de los estudios en los centros de la Compañía de Jesús, iba acompañada de un listado de veinte tesis parecidas a las de Mattiussi.¹²

Según monseñor Antonio Piolanti, entre Mattiussi y Billot reinaba una gran amistad. Además, Mattiussi le sucedió en la cátedra, cuando Billot fue nombrado cardenal. También ha demostrado Piolanti que «Billot trabajó en la redacción de la encíclica *Pascendi* por encargo especial de San Pío X, con lo cual no sería de extrañar que el Santo Padre le solicitara, también, el revisar las tesis de Mattiussi».¹³

Una vez recibidos los informes pedidos, el Papa seleccionó dos de ellos, uno era el de Billot, y los envió a Mattiussi, junto con una carta (11 de noviembre de 1910), solicitando su parecer sobre las variaciones que se recomendaban. Mattiussi respondió con una tercera carta (16 de noviembre de 1910). Refiere en ella al Sumo Pontífice que ha tenido en cuenta las observaciones, modificando su versión de las tesis, que de nuevo le adjunta.

Parecía, por tanto, que inmediatamente se promulgarían las tesis. Sin embargo, no sólo hubo bastante retraso, sino que también, desde este momento, no se conocen más



Santo Tomás de Aquino

detalles sobre ellas, hasta su publicación «inesperada», al cabo de casi cuatro años. Sobre esta demora, Mattiussi, en una carta a su amigo Leonardi (15 de noviembre de 1911) —y esta es la única información que se posee de este período de tiempo—, da la siguiente explicación: «Yo creo que la tentativa ha fracasado porque el acto, tal como lo veo, había sido preparado con demasiada autoridad, nos entraba directamente el mismo Papa. Esto es demasiado; el Papa no puede comprometer su palabra en tesis disputables entre grupos de la Iglesia. En cambio, podría la Congregación de los estudios; sería una ley práctica y no se haría entrar la infalibilidad pontificia».¹⁴

La nueva intervención de Billot

Hasta mediados de 1914, con la elaboración del Motu Proprio *Doctoris Angelici*, san Pío X no se volvió a ocupar del estudio de la doctrina de santo Tomás. En este documento, después de precisar sus indicaciones anteriores, añade: «Puesto que lo que en Santo Tomás es capital, no debe incluirse en el género de opiniones de las que por ambas partes se puede disputar, sino que debe ser tenido como el fundamento sobre el que descansa toda la ciencia de las cosas naturales y divinas; quitado el cual fundamento, o de cualquier modo debilitado, se sigue, como consecuen-

12. ENRIQUE MIGUEL AGUAYO, *Génesis histórica de las XXIV tesis tomistas*, tesis doctoral, Pamplona, Universidad de Navarra, 1990.

13. *Ibid.*, p. 106, n. 134.

14. Carta al P. Leonardi, 15 de noviembre de 1911, Archivo Aloisiano; citado por P. DEZZA, «La Sacra Congregazione per l'Educazione Cattolica e l'autorità dottrinale di S. Tommaso», op. cit., p. 681.

cia necesaria, que los alumnos de las sagradas disciplinas o enseñanzas ni siquiera podrán entender la misma *significación* de las palabras por medio de las que propone la Iglesia los dogmas revelados por Dios».

Seguidamente, aludiéndose a los textos de la encíclica *Pascendi* y del breve *Sacrorum Antistitum*, citados más arriba, se concluye: «Así pues, todos cuantos se dedican al estudio de la Filosofía o de la sagrada Teología, saben ya lo que les dijimos en otra ocasión: que se exponen a grave detrimento si se apartan en lo más mínimo de Santo Tomás, sobre todo en puntos de Metafísica».

Como ya había indicado, el Papa recuerda que no puede haber disensión ni pluralismo en lo que califica de «fundamental». Continúa diciendo: «Y ahora, además, declaramos que si se atreven a interpretar perversamente o a despreciar por completo los *principios y proposiciones mayores* de la filosofía tomista, no sólo no siguen a Santo Tomás, sino que andan extraviados y muy lejos de él». Y añade esta advertencia de gran importancia: «Y téngase presente que si alguna vez ha sido aprobada y alabada la doctrina de cualquier autor o Santo por Nos o por Nuestros Predecesores, y si además de alabada esa doctrina, se ha aconsejado difundirla y sostenerla, fácilmente se entenderá que en tanto se ha recomendado en cuanto que estaba del todo conforme o en nada se oponía a los principios del Aquinatense».¹⁵ Con estas palabras, como ha indicado Abelardo Lobato, «Tomás queda elevado al vértice de los doctores en la Iglesia, sin posible rival ni competidor».¹⁶

Parecía que era la ocasión para determinar estos «principios y proposiciones mayores» de la filosofía de santo Tomás, mandados seguir por este nuevo documento de san Pío X. Al mes siguiente de la publicación de este último, la Congregación de estudios promulgó las *XXIV Tesis tomistas* (27 de julio de 1914). El texto comienza con las siguientes palabras: «Sagrada Congregación de Estudios. Decreto. Después de que Nuestro Santísimo Señor, el Papa Pío X, precribió en el Motu Proprio *Doctoris Angelici*, del día 29 de junio de 1914, que se sigan los principios y las tesis más importantes de Tomás de Aquino en todas las enseñanzas de la filosofía, muchos profesores de diferentes Institutos propusieron a esta sagrada Congregación de estudios algunas tesis, para que fueran examinadas, ya que ellos las consideraban y las enseñaban

como las principales del Santo Maestro, sobre todo en materia de metafísica. Esta Congregación, después de consultarlo al Santo Padre, y por mandato del mismo, responde que estas tesis contienen los principios y proposiciones mayores (*principia et pronunciata maiora*) del Santo Doctor».¹⁷ Siguen las veinticuatro tesis, con la firma del cardenal Lorenzelli, Prefecto de la Sagrada Congregación de estudios.

Está perfectamente probado que las veinticuatro tesis «han sido obra paciente y obstinada de dos jesuitas: G. Leonardi y Mattiussi, con pequeñas aportaciones de algún otro profesor consultado. Ningún dominico había intervenido en ello».¹⁸ Es innegable que hubo otra intervención en la elaboración definitiva de las tesis, después de las propuestas de la última carta de Mattiussi, porque confrontando los textos de ambas se encuentran pequeñas diferencias.

Según Miguel Aguayo, «fue Billot el encargado —ya sea directamente por el Santo Padre, o bien por la S. Congregación de Estudios, de la cual era consultor— de revisar y formular el texto definitivo de las tesis tomistas, utilizando como punto de partida las veinte tesis preparadas por Mattiussi».¹⁹ Prueba esta afirmación con un telegrama, encontrado en el «Archivo Secreto» de la Santa Sede, firmado por el Prefecto de la Congregación de estudios, con fecha 28 de julio de 1910, y dirigido al cardenal Billot. Su contenido es el siguiente: «Pienamente approvo testo riformato. Card. Lorenzelli». En una anotación posterior hecha a lápiz se indica que se refiere al borrador de imprenta de la versión definitiva de las *XXIV Tesis tomistas*, al que se encuentra unido.

Confirma este descubrimiento un texto de Jaime Bofill —perteneciente a un artículo publicado en uno de los primeros números de la revista CRISTIANIDAD, que refleja el magisterio oral del padre Ramón Orlandis—, que dice: «Bajo la inspiración del Cardenal Billot fueron redactadas veinticuatro tesis que se consideraba reproducían fielmente los «*principia et pronunciata maiora*» de la metafísica del Doctor Angélico. La Sagrada Congregación de Estudios las aprobó en este sentido».²⁰

17. Theses quaedam, in *Doctrina sancti Thomae Aquinatis contentae, et a philosophiae magistris propositae, adprobantur*, AAS 6 (1914), pp. 383-386.

18. ABELARDO LOBATO, «Santo Tomás de Aquino en el magisterio de la Iglesia desde la «Aeterni Patris» a Juan Pablo II», op. cit., p. 18.

19. ENRIQUE MIGUEL AGUAYO, *Génesis histórica de las XXIV tesis tomistas*, tesis doctoral, op. cit., p. 114.

20. JAIME BOFILL, «¿Filosofía escolástica o filosofía tomista?», en CRISTIANIDAD, II/23 (1945), pp. 110-112, p. 112.

15. Motu Proprio *Doctoris Angelici*, AAS 6 (1914), p. 37.

16. ABELARDO LOBATO, «Santo Tomás de Aquino en el magisterio de la Iglesia desde la «Aeterni Patris» a Juan Pablo II», en *Atti dell'VIII Congresso Tomistico Internazionale*, Pontificia Accademia di S. Tommaso, Libreria Editrice Vaticana, 1981, vol. III, pp. 7-28, p. 17.

SAN PÍO X Y TORRAS I BAGES

El 19 de marzo de 1911, el doctor Torras i Bages, obispo de Vic, publicó la pastoral Dios y el César, a propósito de la grave situación de la vida religiosa en España. Con este motivo, Pío X le dirigió esta carta:

Al Venerable Hermano José, Obispo de Vich

Venerable Hermano: Salud y Bendición Apostólica.

En medio de las amarguras, que cada día nos apenan más, por los males que afligen y por los que amenazan a la Iglesia Católica en la nación española, Nos ha servido de gran consuelo, ciertamente, la Carta pastoral que recientemente dirigiste al pueblo. Realmente, en ella te muestras Obispo, tal como lo describe el Apóstol, «adicto a las verdades de la fe según le han sido enseñadas, a fin de ser capaz de instruir en la sana doctrina y argüir a quienes la contradigan». Y, en verdad, que con sana doctrina y perfectamente acomodada a las circunstancias de la sociedad has instruido al pueblo que te fue confiado, exponiendo e ilustrando magníficamente los principios, conforme a los que deben componer sus mutuas relaciones ambas potestades, eclesiástica y civil; y, a los contradictores, no sólo les has rebatido brillantemente, sino que, además, has puesto al descubierto los planes ocultos que conciertan y has desvanecido y pulverizado los sofismas del falso *liberalismo*.

Realmente, los perjuicios, que con dolor recuerdas, causados a la fe católica, provienen, como de su fuente principal, de que los gobernantes del bien público creen estar investidos de autoridad no circunscrita a límite alguno, ni siquiera en lo concerniente a la religión. Tu exposición convence, terminantemente, de cuán lejos está esto de la verdad, cuando, fundándose en aquella sentencia del Evangelio: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», demuestra que, tanto por derecho natural como por derecho divino, los gobernantes tienen constituidos límites, y que no les es lícito resolver por su cuenta y sin el consentimiento y autoridad de la Cabeza suprema de la Iglesia ni tan sólo aquellos asuntos llamados de *materia mixta*. Porque, en ninguna ocasión es lícito prescindir de la autoridad del Romano Pontífice al tratarse de negocios de todo un pueblo pertenecientes a la Iglesia; y, menos aún, cuando tales asuntos se cuentan entre las *causas* llamadas comúnmente *mayores*, o cuando pactos solemnes obligan a mantenerlos firmes y válidos.

Y, en verdad, si desentendiéndose del Romano Pontífice, el Gobierno de vuestra nación presumiese de legislar en materia religiosa (cosa a la que no se atreven ni los

mismos príncipes no católicos), por este mismo hecho se separaría de su profesión de católico; y aun abdicaría de los mayores timbres de gloria que heredó de sus antepasados, y destruiría la organización misma del Estado; ya que, sin lugar a dudas, es la fe católica la que, por encima de todo, hace una sola nación de los pueblos de España.

Es, además, oportuno lo que atinadamente añades referente a la benevolencia y facilidad con que la Iglesia atiende a todo deseo justo y honesto. Pues, a pesar de que en materia de fe y costumbres sea inmutable, con todo, en lo demás, nunca rechaza acomodarse a las justas aspiraciones; y, contradicen la limpia verdad, las falsas opiniones con que los enemigos de la Iglesia querrían persuadir a los demás de que las negociaciones entabladas estas últimos tiempos entre la Santa Sede y el Gobierno español han sido interrumpidas por la voluntad intransigente del Papa; cuando, por el contrario, es muy cierto que los designios del Papa han sido siempre repletos de benignidad y prontos para la concordia.

Todo esto, Venerable Hermano, que, clara y copiosamente has enseñado, lo conceptuamos de tanta importancia en las actuales circunstancias que querríamos fuese profusamente divulgado en toda España. Pues tenemos confianza en que, una vez estén los ánimos de los católicos bien penetrados de los puntos de excelente doctrina expuestos en tu Carta, hallarán nuevas fuerzas para una saludable vigilancia y para fructuosas actividades. Y tales actividades, salvando siempre el respeto debido a las leyes justas, deben ser ahora más enérgicas, ya que los males que hace tiempo amenazaban han adquirido mayor gravedad, y pesan sobre los católicos. Para apartarlos, precisa que todos aquellos católicos de España que tienen por honra el serlo, permanezcan unidos formando un solo corazón y una sola alma y observen con toda fidelidad las enseñanzas de la Sede Apostólica, a la que han de estar adheridos de un modo firme y constante.

Sirva como prenda de las gracias divinas y testimonio de nuestra benevolencia, la Bendición Apostólica que te enviamos a ti, Venerable Hermano, y a tu Clero y pueblo, muy afectuosamente en el Señor.

Dado en San Pedro de Roma, el 1º de mayo de 1911, octavo año de Nuestro Pontificado.

Pío PP. X

LA CONDENACIÓN DE «LE SILLON»

El 25 de agosto de 1910, escribió Pío X a los obispos franceses una carta, Notre charge apostolique, condenando el movimiento de democracia mal entendida que culminó en el llamado Le Sillon (El Surco). Transcribimos la introducción y la conclusión de la carta, que nos dan un ejemplo admirable de la paternal solicitud, no exenta de la firmeza precisa, con que el Sumo Pontífice ataja una desviación que se producía entre los católicos franceses.

INTRODUCCIÓN

Venerables Hermanos: Salud y Bendición Apostólica. Nuestro cargo apostólico nos impone la obligación de velar por la pureza de la fe e integridad de la disciplina católica y de preservar a los fieles de los peligros del error y del mal, mayormente cuando el error y el mal se presentan con un lenguaje atrayente que, velando la vaguedad de las ideas y el equívoco de las expresiones con el ardor del sentimiento y la sonoridad de las palabras, puede inflamar los corazones en el amor de causas seductoras, pero funestas. Tales fueron no ha mucho las doctrinas de los seudofilósofos del siglo XVIII, las de la revolución y del liberalismo, tantas veces condenadas; tales son aún hoy las teorías de *Le Sillon*, las cuales, no obstante apariencias brillantes y generosas, carecen con harta frecuencia de claridad, de lógica y de verdad, y, por esta parte, no son propias ciertamente del espíritu católico y francés.

Hemos titubeado mucho tiempo, Venerables Hermanos, en manifestar pública y solemnemente nuestro juicio acerca de *Le Sillon*, habiendo sido preciso, para que nos decidiéramos a hacerlo, que vuestras preocupaciones viniesen a juntarse con las nuestras. Porque Nos amamos a la valiente juventud alistada bajo las banderas de *Le Sillon*, y la creemos, por muchos conceptos, digna de elogio y admiración. Amamos a sus jefes, en quienes nos complacemos en reconocer espíritus elevados, superiores a las pasiones vulgares y animados del más noble entusiasmo por el bien. Vosotros los habéis visto, Venerables Hermanos, penetrados de un afecto vivísimo de fraternidad humana, ir al encuentro de los que trabajan y padecen para sacarlos de lacería, sustentando su sacrificio en el amor a Jesucristo y en la práctica ejemplar de la Religión.

Era al otro día de la memorable Encíclica de nuestro Predecesor, de feliz memoria, León XIII, sobre la condición de los obreros. La Iglesia, por boca de su

cabeza suprema, había vertido sobre los humildes y pequeños todas las ternuras de su corazón maternal, y parecía que con vivas ansias convocaba campeones, cada día más numerosos, de la restauración del orden y de la justicia en nuestra sociedad perturbada. ¿No es verdad que los fundadores de *Le Sillon* venían en la ocasión propicia a poner muchedumbres jóvenes y creyentes al servicio de la Iglesia para ayudarla a realizar sus deseos y esperanzas? De hecho, *Le Sillon* enarboló entre las clases obreras el estandarte de Jesucristo, el signo de salvación para los individuos y las naciones, alimentando su actividad social en las fuentes de la gracia, imponiendo el respeto de la Religión a las gentes menos favorables, acostumbando a los ignorantes y a los impíos a oír hablar de Dios y a menudo, en conferencias de controversia, ante un auditorio hostil, surgiendo, excitado por una pregunta o un sarcasmo, para confesar su fe denodada y arrogantemente. Estos eran los buenos tiempos de *Le Sillon*, éste su lado bueno, que explica los alientos y las aprobaciones que ni el Episcopado ni la Santa Sede le regatearon, mientras este fervor religioso pudo velar el carácter verdadero del movimiento.

CONCLUSIÓN

Y, ahora, penetrados de la más viva tristeza, os preguntamos, Venerables Hermanos, en qué ha venido a parar el catolicismo de *Le Sillon*. ¡Ay! El que diera antes tan hermosas esperanzas, aquel río cristalino e impetuoso, ha sido atajado en su curso por los enemigos modernos de la Iglesia, y ya no constituye más que un miserable afluente del gran movimiento de apostasía organizado, de una Iglesia universal sin dogmas ni jerarquía, sin regla para el espíritu ni freno para las pasiones; una Iglesia que, so pretexto de libertad y dignidad humana, volvería a traer al mundo, si triunfase, con el reinado legal de la astucia y de la fuerza, la

opresión de los débiles, de los que sufren y trabajan.

Harto conocemos los sombríos antros donde se elaboran estas doctrinas deletéreas que no deberían seducir a espíritus perspicaces. No han podido librarse de ellas los jefes de *Le Sillon*: la exaltación de sus afectos, la ciega bondad de su corazón, su misticismo filosófico mezclado con parte de iluminismo, los han arrastrado a un nuevo evangelio, en el cual han creído ver el verdadero Evangelio del Salvador, llevando a tal punto su osadía que tratan a Nuestro Señor Jesucristo con una familiaridad sobremana irrespetuosa, y a consecuencia del parentesco de su ideal con el de la revolución, no temen presentar entre ésta y el Evangelio paridades blasfemas que no tienen siquiera la excusa de haberse escapado en alguna improvisación tumultuosa.

Queremos llamar vuestra atención, Venerables Hermanos, sobre esta deformación del Evangelio y del carácter sagrado de Nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre, practicada en *Le Sillon* y en otras partes. Al discurrir sobre la cuestión social, es moda en ciertas esferas descartar primero la divinidad de Jesucristo, y después no hablar más que de su extremada mansedumbre, de su compasión para todas las miserias humanas, de sus apremiantes exhortaciones al amor del prójimo y a la fraternidad. Verdad es que Jesucristo nos ama con amor inmenso, infinito, y que vino a la tierra a padecer y morir, para que reunidos en torno suyo, en la justicia y el amor, animados de los mismos sentimientos de mutua caridad, todos los hombres vivan en paz y felicidad. Mas con autoridad suprema puso por condición de esa felicidad temporal y eterna,

ser de su rebaño, aceptar su doctrina, practicar la virtud y dejarse enseñar y guiar por Pedro y sus sucesores. Además, si Jesús fue bueno con los extraviados y pecadores, no respetó sus convicciones erróneas, por sinceras que parecieran; los amó a todos para instruirlos, convertirlos y salvarlos. Si llamó a Sí, para aliviarlos, a los que padecen trabajos y dolores, no fue para predicarles la emulación de una igualdad quimérica. Si levantó a los humildes no fue para inspirarles el sentimiento de una dignidad independiente, rebelde a la obediencia. Si su corazón rebosaba mansedumbre para las almas de buena voluntad, no dejó de encenderse en santa indignación contra los profanadores de la casa de Dios, contra los miserables que escandalizan a los pequeñuelos, contra las autoridades que abruma al pueblo con el peso de cargas insoportables, sin que ellas pongan el dedo para ayudarlas a levantar. Fue tan enérgico como manso; regañó, amenazó, castigó, sabiendo y enseñándonos que con frecuencia el temor es el principio de la sabiduría y que conviene a veces cortar un miembro para salvar el cuerpo. En fin, lejos de anunciar para la sociedad futura el reinado de una felicidad ideal de donde estuviera el dolor desterrado, trazó con la palabra y el ejemplo el camino de la felicidad posible en la tierra y de la bienaventuranza perfecta en el cielo; el camino real de la Santa Cruz. Enseñanzas son éstas que sería error aplicar únicamente a la vida individual en orden a la salvación eterna, pues son también eminentemente sociales y nos muestran en Nuestro Señor Jesucristo algo más que humanitarismo sin consistencia y sin autoridad.

SU ESPÍRITU DE HUMILDAD

Lo visitamos al día siguiente de la elección:

—Mira cómo me han vestido —exclamó al vernos, rompiendo en un llanto inconsolable.

Y algunos días más tarde nos decía:

—¡Qué pena tener que observar estas costumbres cortesanías! Cuando me conducen rodeado de soldados me parece que soy Jesús capturado en el huerto.

La Civiltà Cattolica, LXV(1914), p. 515

SAN PÍO X, PAPA DE LA EUCARISTÍA Y DE LOS NIÑOS

Ignasi M^a Manresa Lamarca

Muchos conocemos a san Pío X como el Papa de la Eucaristía de los niños. Este papa de mirada cálida y rostro rosado, de aspecto recio y de origen humilde, en tantas cosas parecido al actual pontífice, legó a la Iglesia el precioso don de acercar más las almas a Jesús por la recepción más frecuente y temprana de la Sagrada Comunión. Digo frecuente y temprana porque el frente con el que se encontró san Pío X fue doble: la recepción frecuente y la edad de la admisión a la Sagrada Eucaristía, aunque el enemigo era común: un rigorismo, hijo del jansenismo.

Así fue: el papa san Pío X al iniciar su pontificado se propuso «*instaurare omnia in Christo*». Y un medio principal para ello era acercar con mayor frecuencia las almas a la recepción de la santa Eucaristía, donde nos encontramos con el Señor de la Gracia. Para ello san Pío X tuvo que hacer frente a muchas resistencias, pero su amor a Jesucristo y a las almas vencerían.

La comunión frecuente

La polémica sobre las disposiciones necesarias, no sólo convenientes, para la frecuente recepción de la Eucaristía, se vio enredada, a partir del siglo XVII, por las redes del rigorismo jansenista.¹ Aunque la enseñanza de la Iglesia, sobre todo desde el concilio de Trento, era clara, y también la doctrina teológica, con algunas excepciones, la práctica distaba mucho de lo deseado por la Iglesia. A este panorama, el jansenismo vino a poner una base teológica de la cual no se vieron libres «teólogos de gran nombre».² Por el contrario, la devoción al Corazón de Jesús, enemiga acérrima del jansenismo, promovió una comunión más frecuente, por la íntima conexión existente entre los motivos que sostienen ésta —no es un premio a nuestra

virtud, sino un don misericordioso para sanarnos de nuestros afectos desordenados y preservarnos del pecado— y la devoción al Corazón de Jesús, y por la profunda unión entre este Corazón y el Sacramento del Amor.

Ya a principios del siglo XX se había llegado a una postura cada vez más clara en favor de la comunión frecuente. Sin embargo, siguió en vigor la polémica entre sus promotores y sus adversarios. Ni siquiera la encíclica de León XIII *Mirae Caritatis* (1902), que estimulaba al «uso frecuente de la eucaristía» y protestaba contra las «razones aparentes de renunciar a la comunión», logró zanjar la controversia que se desarrollaba con verdadero acaloramiento, sobre todo en Bélgica y en Francia. Ya antes en 1851 la Congregación del Concilio había corregido un capítulo del concilio de Rouen en el que prohibía admitir a los niños a la comunión antes de los doce años de edad, y un breve pontificio había elogiado en 1860 el libro de monseñor Ségur, *La très Sainte Communion*, que aconsejaba la comunión semanal a la mayoría, exhortando incluso a recibirla cada dos días y hasta diariamente, afirmando contra sus adversarios que la comunión «no era la recompensa a la virtud adquirida, sino el medio para alcanzarla». La obra había provocado una oleada de protestas entre el viejo clero francés. En España un jesuita francés, el padre L. Caos, se convirtió en un apóstol de la comunión frecuente, incluso con resistencias de la jerarquía. Pero sobre todo la reacción contra el rigorismo de origen jansenista se impuso en Italia: mientras el santo sacerdote Fransinetti hacía la apología de la comunión frecuente evocando la antigüedad cristiana, san Cottolengo daba diariamente la eucaristía a los alojados en sus hospicios que lo solicitaran, y don Bosco se declaraba partidario de la comunión de los niños pequeños. Admirador de este último, monseñor Sarto había fomentado la comunión frecuente, haciendo de ella una de los puntos fundamentales de su programa episcopal en sus diócesis de Mantua y de Venecia. Por eso no es de extrañar que al subir al solio pontificio procurase realizar este programa en la Iglesia universal.³

1. Sobre todo propagó estas ideas A. Arnauld (1612-1694), doctor de la Sorbona de París, con su tratado *De la comunión frecuente*, publicado en 1643, que se hizo popular como si se tratara de una novela en Francia, en Holanda, en Bélgica y también en Italia.

2. DTC, *Communion frequente*, t. III, col. 515-552.

El acto decisivo fue el decreto de la Congregación del Concilio, de 20 de diciembre de 1905, *De quotidiana SS. Eucharistia sumptione⁴ o Sacra Tridentina Synodus*, que daba solución a esta polémica.

El documento se inicia afirmando el deseo del Concilio de Trento de que «los fieles diariamente tomen parte en el celestial banquete, para sacar de él más abundantes frutos de santidad». Y «estos deseos coinciden con los en que se abrasaba nuestro Señor Jesucristo al instituir este divino Sacramento». Y «principalmente para que, unidos con Dios por medio del Sacramento en él tomen fuerza para refrenar las pasiones, purificarse de las culpas leves cotidianas e impedir los pecados graves a que está expuesta la debilidad humana, pero no precisamente para honra y veneración de Dios, ni como recompensa o premio a las virtudes de los que le reciben». Con esto refuta el argumento jansenista que alejaba a tantos hombres de la Sagrada Comunión, y no dejaba al Corazón de Jesús derramar sus gracias purificadoras y divinizantes sobre tantas almas.

Señala, a continuación, que a causa de la extensión de la herejía jansenista, se empezó a exigir más y mejores disposiciones como absolutamente necesarias para recibir dignamente de forma frecuente la Eucaristía. De resultas se llegó a excluir clases sociales enteras, como comerciantes y personas casadas. Y sigue diciendo que a pesar de las diversas declaraciones de la Santa Sede, la polémica sobrevivió, de modo que hasta «teólogos de gran nombre juzgaron que *sólo* pocas veces, y cumplidas muchas condiciones, podía permitirse a los fieles la Comunión cotidiana».

Después de esto, el documento precisa que bastaban dos requisitos para la recepción de la sagrada comunión: el estado de gracia y la buena intención. Tal intención consiste «en que el que comulga no lo haga por rutina o por vanidad o respetos humanos, sino por agradecer a Dios, unirse más y más con Él por el amor y aplicar esta medicina a sus debilidades».

El espíritu de este decreto queda bien claro: el Papa desea acercar los hombres más a Jesucristo, para que Él sea el remedio de sus debilidades. Así se muestra claramente cuando, frente a los que defendían que para la comunión frecuente era necesario estar limpio de pecados veniales y de sus efectos, de otro modo, estas comuniones quedaba casi sin efectos, se redacta

este artículo: «*Aunque convenga en gran manera que los que comulgan frecuente o diariamente estén libres de pecados veniales,... y de su afecto, basta, sin embargo, que estén limpios de pecados mortales y tengan propósito sincero de nunca más pecar; y con este sincero propósito no puede menos de suceder que los que comulgan diariamente se vean poco a poco libres hasta de los pecados veniales y de la afición a ellos*».

La edad de la primera comunión

El segundo impedimento que tuvo que deshacer san Pío X para acercar las almas a la Sagrada Comunión, fue la edad de la primera comunión. El papa dejó resonar en su corazón aquella queja del Corazón de Jesús: «dejad que los niños se acerquen a mí y no se lo impidáis». ⁵ Él, desde la parroquia de Salzano hasta la Cátedra de Venecia, había visto la luz de aquella fe inmaculada que Dios concede preferentemente a los humildes, y tantas veces había sentido el grito de socorro de aquellas pequeñas criaturas frente al vendaval de las pasiones que se iban levantando en sus almas y que amenazaban arrebatarles la inocencia bautismal, frente a la cual no podían anteponer más que una piedad reseca y árida. Y así, prescindiendo de costumbres y tradiciones, se lanzó al combate.

Había que determinar cuál era el «uso de razón» requerido para la primera comunión. El tema era bien polémico, pues se escondían tras estas costumbres el mismo rigorismo que había inficionado el jansenismo, y «que secaba la caridad». Consultada por diversos la Congregación de Sacramentos, preparó un decreto, en cuya redacción mostró el papa extraordinario interés, aunque ya preveía la fuerte oposición que suscitaría. En el decreto *Quam singulari* (de 8 de octubre de 1910) ⁶ se declaraba que después de haber examinado el problema desde el punto de vista histórico, dogmático y práctico, bastaba con que los niños se hallasen en condiciones de «distinguir entre el pan eucarístico y el pan corriente» ⁷ y «conocieran, según su capacidad, los misterios de la fe, necesarios con necesidad de medio», sin necesidad de un «pleno y perfecto conocimiento de doctrina cristiana», lo que difería la primera comunión hasta la edad de 10, 12 o incluso 14 años.

3. H. JEDIN, *Manual de historia de la Iglesia*, vol. VIII pp. 563-576.

4. AAS, 2 (1910), pp. 894-898.

5. Marc 10,13.14.16.

6. AAS, 2, pp. 577-578.

7. S. THOMAS, *In IV Sent., dist.IX, a.4. ad 4um*.

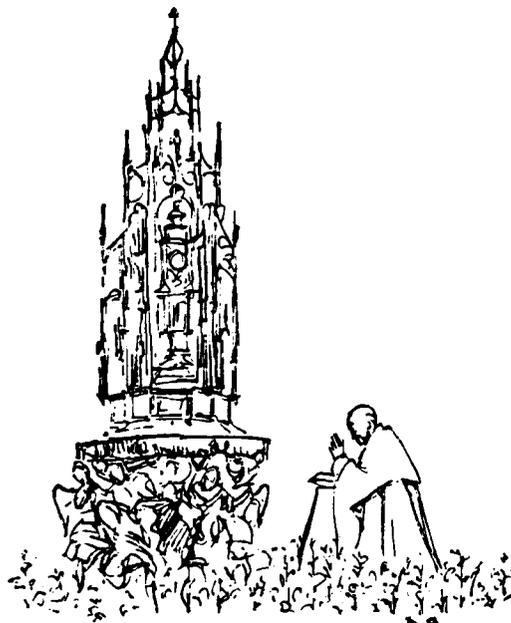
La aplicación de los decretos

El Papa, que tenía un gran interés en la aplicación de estos decretos, frente a grandes resistencias, promovió en 1905 una liga sacerdotal, bajo los padres del Santísimo Sacramento, para que forzara la aplicación del decreto sobre la comunión frecuente; al cabo de seis años se habían adherido más de 50.000 sacerdotes. Además, inmediatamente después del decreto *Quam singulari* se fundó también en Roma una «Asociación piadosa para la comunión de los niños», a la que pronto se adhirieron otras muchas asociaciones nacionales en Italia, España, Bélgica, América del Sur, Estados Unidos, Canadá. Ya en 1907 había impuesto el Papa la celebración anual de un triduo eucarístico en cada diócesis, y a ser posible en cada parroquia, con objeto de llamar la atención a los fieles sobre la importancia y significado del decreto de 1905. Se fundaron ligas en diversos países, como la del *Sacratísimo Corazón* en Bélgica, cuyos miembros se obligaban a comulgar periódicamente.

San Pío X aprovechó también los congresos eucarísticos internacionales para promover la aceptación y propagación de los decretos romanos. Estos congresos habían sido concebidos como una profesión pública de la realeza de Cristo, tan atacada por el liberalismo. A partir de entonces, los congresos tomaron un acento mayor: el fomento de la comunión eucarística frecuente, incluso diaria. Esto se observó de manera especial en el congreso de Metz de 1907, en el que el padre Lintelo, gran apóstol belga, habló sobre los deberes de los párrocos en relación con los decretos. A su informe sobre el catecismo y la comunión frecuente, en el congreso de Madrid de 1911, inmediatamente después del decreto *Quam singulari*, se remontó «la Cruzada eucarística de los niños», que con ocasión del congreso de Lourdes de 1914 fue fundada oficialmente, y dos años después había echado raíces en 54 países. Fueron, pues, brillantemente refutados todos aquellos que habían esperado que con la muerte de san Pío X perderían vigor los decretos. Por el contrario, su contenido fundamental fue incluso incorporado al Código de Derecho Canónico.

A modo de conclusión

¡Qué grande era el deseo del Papa san Pío X de instaurar todas las cosas en Cristo! Algunos



pensarán que son dos papas diversos el de la *Pascendi* y el de la comunión de los niños; pero no es así. Un mismo sentido y espíritu traspasa la obra del único papa canonizado de este siglo. No hay cortes maniqueos, ni interpretaciones sesgadas, sólo: «instaurare omnia in Christo».

Quizás hoy, en nuestro ambiente, nos encontremos con un adversario de algún modo contrario. El secularismo y la ignorancia religiosa han hecho el mismo efecto que el rigor jansenista: alejar a los hombres de la comunión, incluso de Dios. Pero no todo para ahí; la falta de conciencia de pecado, unida a una teología no correcta sobre la Eucaristía, la Penitencia o la liturgia han hecho olvidar en muchos casos las palabras de san Pablo: «Por tanto, quien coma el pan o beba la copa del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor», que marcan las disposiciones necesarias para recibir dignamente la sagrada Eucaristía. Además, la ignorancia religiosa de los niños es un obstáculo para cumplir el mínimo requisito pedido para administrarles la sagrada Comunión. En muchos casos es debida a que las madres han olvidado formar suavemente, como cae el rocío por la mañana, el corazón de sus hijos, con el conocimiento de Aquel único que salva, el Tesoro de cada familia. Por eso en este Año de la Familia, mientras tantos niños languidecen sin la Sagrada Comunión, le pedimos a san Pío X que interceda ante el Corazón de Jesús para que se apiade de todas las familias del mundo y de toda la Familia Humana.

EL CARDENAL VIVES, COLABORADOR DE PÍO X

fra Valentí Serra de Manresa, ofm cap.

No podía faltar en este número de CRISTIANDAD, dedicado a san Pío X, alguna nota histórica referida a la amistad fecunda, y positiva incidencia de nuestro cardenal Vives y Tutó, capuchino de la Provincia de Nuestra Señora de Montserrat de Cataluña, a lo largo del importantísimo pontificado del Papa Sarto. No vamos a ocuparnos aquí de los rasgos biográficos de Pío X ni del cardenal Vives, otros lo han tratado con gran profundidad y rigor;¹ tan sólo vamos a limitarnos a espigar diversos textos de la época que testimonian algunos aspectos de la amistad y compenetración aludidas, principalmente en ocasión de la lucha contra el modernismo teológico.

El biógrafo del cardenal, el escritor y publicista capuchino Antoni Maria de Barcelona,² poco después de la muerte del padre Calasanz de Llanerres (cardenal Vives y Tutó), a propósito del ascendente espiritual del purpurado capuchino en la vida del pontífice, escribía muy acertadamente que «No fue el cardenal Vives uno de esos tenebrosos consejeros que se imponían al Papa, sino un gran servidor de la Iglesia, profesando siempre la más absoluta y escrupulosa obediencia y reverencia al Vicario de Cristo»;³ y más adelante, en la misma biografía declara: «Intransigente e inspirador de todas las intransigencias, llamaron al Cardenal Vives; y era verdad, pero era intransigente en la doctrina porque éste era su deber»;⁴ efectivamente, puesto que con

la condena de 65 proposiciones modernistas (decreto *Lamentabili* del 3 de julio de 1907), y la condena del modernismo teológico (encíclica *Pascendi*, del 8 de septiembre de 1907, publicada exactamente tres años después de la beatificación de Juan M^{re} Vianney, testimonio del sobrenatural en la villa de Ars), el papado lograba frenar la soberbia de los escritores heterodoxos que, con sus publicaciones, iban infectando la sana doctrina de la Iglesia, con aquella mezcla corrosiva de naturalismo y racionalismo que Pío X no vaciló en calificar como «resumen y veneno de todas las herejías», recordando, desde el Magisterio, a toda la Iglesia, la primacía de la sobrenaturalidad.

En esta cuestión de la lucha eclesial contra el modernismo teológico, el cardenal Vives fue el eficaz y principal colaborador de Pío X en este combate para mantener la pureza de la fe, y desenmascarar la amalgama de errores y herejías encubiertas bajo el genérico nombre de «modernismo»; tarea nada fácil que, para poder realizarla correctamente, además de una especial asistencia de Dios, se hacía necesario un gran sentido de fe, un afinado olfato sobrenatural, y una sensibilidad espiritual exquisita, virtudes que fueron características en el cardenal Vives⁵ y que, por todo eso, el papa Pío X le solía llamar «el cardenal santo»; hasta tal extremo que, cuando le comunicaron la muerte del prelado catalán, acaecida en Monteporzio el 7 de septiembre de 1913, exclamó lleno de dolor: «Abbiamo perduto l'amico più fedele della Santa Sede. Fuit semper amicus verus, sincerus, fidelis»;⁶ actitudes del cardenal que, en ocasión de su muerte, fueron ratificadas en diversas publicaciones y periódicos de Europa en las respectivas notas necrológicas que entonces aparecieron. Por ejemplo, en *La Cruz* se afirma que: «su alta prudencia, unida a su extrema piedad, hicieron que fuese elegido por el papa Pío X como uno de sus consejeros más íntimos»;⁷

1. Sobre la vida y proyección del papa Pío X recomendamos la obra de Hyeronimo Dal-Gal, *San Pio X, Papa* (Padua, Il Messaggero di S. Antonio, 1954); y sobre Calasanz de Llanerres (Vives y Tutó) véase Antoni M. de Barcelona, *El Cardenal Vives y Tutó, de la Orden de los Frailes Menores*, Barcelona-Igualada, 1916.

2. Antoni M. de Barcelona (Josep M. Galdàcano i Melià, 1889-1953) escribió la primera biografía catalana de san Francisco de Asís, colaboró en la versión catalana de la Biblia de la FBC promovida por F. Cambó, y desde su exilio publicó los primeros estudios sobre la persecución religiosa durante la guerra civil. Véase *Cento Martiri del 1936 nella Catalogna* (Turín, 1937) y *Barcellona sotto l'incubo del terrore rosso* (Milán, 1938).

3. Véase Antonio M. de Barcelona, *El Cardenal Vives y Tutó*, Barcelona, 1916, p. 261.

4. *Ibidem*, p. 278.

5. Véase Ángel de Novelé, «Fisonomía espiritual del Cardenal Vives y Tutó», en *Estudios Franciscanos*, LVI (1955), pp. 161-178.

6. Recogido en *Estudios Franciscanos*, XI (1913), pp. 202-203: «Elogium Card. Iosephi Calasanzii Vives et Tutó».

7. Véase *La Cruz* (Madrid, 1913), recogido en *Est.Fr.*, número extraordinario dedicado al cardenal Vives y Tutó (Barcelona, 1913), p. 161.



Escudo del cardenal Vives y Tutó

opinión ratificada por el principal diario de Madrid: «ha sido [el cardenal Vives y Tutó] entre los colaboradores de Pío X, el más querido, el más asiduo, el más laborioso. Es imposible investigar la claridad luminosa de la obra de Pío X sin percibir el reflejo de la influencia ejercida por el Cardenal Vives»;⁸ y, en la misma línea la revista *Ciencia Tomista*, siempre tan equilibrada, en su nota necrológica sobre la muerte del cardenal Vives afirmaba: «fue uno de los cardenales de más confianza del Papa Pío X; el cardenal que más influyó en la obra político-religiosa del actual pontificado»;⁹ testimonios positivos y entrañables a propósito de la amistad y colaboración del cardenal Vives (junto con Merry del Val) en los proyectos de Pío X, especialmente la activa participación del purpurado capuchino en la lucha ideológica contra el modernismo, la cual es reconocida desde la admiración y la gratitud por el principal escritor y poeta del «noucentisme català», el gran Josep Carner (nada sospechoso de integrismo), quien en *Lo Missatger del Sagrat Cor de Jesús* escribía sin complejos ni vacilaciones: «Pius X l'ha tingut per assessor influentíssim, de tal manera que, el nom del cardenal Vives anirà per sempre més unit amb la història de la forta revifalla sacramental dels nostres

dies, i amb la lluita contra el modernisme»;¹⁰ opinión compartida por el P. Miquel d'Esplugues (tampoco nada sospechoso de integrismo), que escribió: «Después del Papa Pío X, y juntamente con Pío X, el debelador más grande del modernismo ha sido nuestro Cardenal Vives».¹¹

Que todos estos testimonios sobre la acertada colaboración del Cardenal Vives en la lucha de san Pío X contra el modernismo teológico, sirvan para potenciar nuestra catolicidad y amor obediencial a todo lo que la Santa Madre Iglesia expone en su Magisterio; de tal manera que, a semejanza del humilde cardenal capuchino, creamos todo lo que cree la Iglesia, prescindiendo de si pertenece o no al Magisterio ordinario o extraordinario, conformándonos a todas sus orientaciones, sea cual fuere la materia a que se refieren, y aun a sus más ligeras indicaciones, tal como sugiere san Francisco de Asís, el gran enamorado de la Iglesia, al final de la regla franciscana: «siempre súbditos y sujetos a los pies de la misma santa Iglesia, firmes en la fe católica, guardemos el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo».¹²

8. Diario *ABC* (Madrid, septiembre de 1913), recogido en el número extraordinario de *Est.Fr.* dedicado al cardenal Vives (Barcelona, 1913), p. 169.

9. *Ciencia Tomista* (Salamanca, 1913), necrológica recogida en el número extraordinario de *Est.Fr.* dedicado al cardenal Vives (Barcelona, 1913) p. 174.

10. Véase la necrológica de Josep Carner publicada en *Lo Missatger del Sagrat Cor de Jesús* (Barcelona, 1913) y recogida también en el número extraordinario de *Est.Fr.* dedicado al cardenal Vives (Barcelona, 1913), p. 177. A propósito de la amistad de Carner con los capuchinos, especialmente con el que fuera secretario del cardenal Vives y Tutó, Rupert M. de Manresa, véase el trabajo de V. Serra de Manresa, «Cartes de Carner i Guerau de Liost a Rupert M. de Manresa», en *Est.Fr.*, XC (1989), pp. 277-293.

11. Véase Miquel d'Esplugues: «El Eminentísimo Cardenal Vives. Observaciones y apuntes para un estudio», en *Est.Fr.*, XI (1913), pp. 1-20.

12. Francisco de Asís, *Regula Bullata*, cap. XII, 4.

EL PAPA SAN PÍO X Y EL ESCAPULARIO DEL CARMEN

fra Jordi M^a Gil i Costa, O. Carm.

«Nos unimos a los santos y a otros mil amigos del Carmelo, a cuyas virtudes aplaude la Iglesia y el mundo, ya que todos forman una sola familia crecida bajo la mirada de María, quien no contenta con haberles dado el nombre y el distintivo, quiere demostrar su afecto especial con los más solemnes prodigios.» Estas palabras las pronunció el gran papa Pío X en un sermón sobre la Virgen del Carmen.

Cabe decir que pocos papas tienen tantos contactos con el Carmelo como san Pío X. En Riese, su pueblo, siempre fue muy venerada la Virgen del Carmen. Recibió la imposición del Escapulario siendo niño y lo llevó siempre consigo. Llevó siempre el de tela, siendo el pontífice que en fecha 16 de diciembre de 1910 permitió, para mayor extensión de la devoción y teniendo en cuenta los lugares de misiones, el llevar la medalla-escapulario.

La amistad con el Carmelo le viene desde los tiempos de seminarista. En la ciudad de Treviso y provincia, había el único convento, el de los Carmelitas Descalzos, que no cayó bajo la supresión napoleónica.

Por los estrechos lazos de unión con el Carmelo, predicó muchas veces, tanto en sus nueve años de Pastor de Mantua como después en el Carmen de Venecia. Antes de tomar posesión como Patriarca y emprender la marcha procesional hacia la catedral de Venecia, entró a orar en la iglesia del Carmen de la ciudad.

En el Archivo Provincial de los Padres Carmelitas Descalzos de Venecia se conserva un centenar de cartas con la firma autógrafa del santo pontífice Pío X, concediendo gracias y favores a los religiosos de aquella venerable comunidad.

San Pío X concedió las siguientes gracias al Carmelo:

1. Beatificó a las dieciséis mártires carmelitas de Compiègne, el 24 de junio de 1905, sacrificadas por obra de la Revolución francesa, el jueves 17 de julio de 1794, al día siguiente de la conmemoración solemne de la Virgen del Carmen. Estamos en pleno segundo centenario.

2. El 12 de junio de 1907 concedía cien días de indulgencia a los carmelitas que besasen el Escapulario de su Superior.

3. Este mismo día concedía siete años y siete cuarentenas a todos los fieles que asistiesen a algún acto público de la novena del Carmen.

4. El 4 de enero de 1908 emanó un Decreto, con el fin de extender más y más la devoción del Carmen, por el que concedía a los soldados franceses, y en particular a los que se hallaban en los hospitales y en tiempo de guerra en los combates, la facultad de imponerse a sí mismos el Escapulario del Carmen, con tal de que se hallase de antemano bendecido. Al imponérselo debían recitar alguna oración a la Virgen Santísima, por ejemplo, tres avemarías. Por eso se les considera agregados a la Cofradía y ganan todas las indulgencias.

5. El 18 de marzo de 1909 aprobó el culto del beato Bartolomé Fanti, maestro del ilustre humanista, el también carmelita beato Bautista Spagnoli, llamado el *Mantuano*.

6. Como ya se ha dicho, el privilegio de 16 de diciembre de 1910, referente a la medalla-escapulario.

7. El 22 de noviembre de 1911, a petición de los dos padres generales del Carmen (Calzado y Descalzo), concedió que los terciarios sacerdotes pudieran rezar el Oficio Divino según el rito de las dos Observancias, con tal de que no estén obligados al Oficio coral.

8. El 16 de enero de 1912, concedía que los terciarios de una de las dos Observancias carmelitas puedan pasar a la otra cuando fueren a vivir a una ciudad donde no se halla establecida su propia Tercera Orden.

9. El 12 de noviembre de 1913, la Sagrada Congregación de Ritos, aprobaba, por obra de san Pío X, las tres misas propias de la Santísima Virgen: la de la Vigilia, la de la Fiesta y la Votiva.

San Pío X formuló un juicio profético, mucho antes de iniciarse el proceso apostólico, acerca de una extraordinaria religiosa del Carmen de Lisieux, Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz: «Es la santa más grande de los tiempos modernos».

El Papa Sarto propagó el culto a la Santísima Virgen del Carmen, fomentando y protegiendo la famosa Procesión, que en su honor solía presidir, en Roma, el Cardenal Vicario. En 1907 la presidió el prestigioso cardenal español, Rafael Merry del Val.

Volviendo al Decreto de 1910, es importante leer



lo que se dice en el preámbulo: «Como sea cierto que los santos escapularios en gran manera contribuyen a fomentar la devoción a los fieles y a excitar en ellos propósitos de vida más santa, a fin de que la piadosa costumbre de vestirlos se acentúe más de día en día, Nuestro santísimo Padre Pío X, aunque desea vehementemente que los fieles continúen llevando los dichos escapularios en la misma forma que acostumbraban hasta el presente...».

El Papa quiso únicamente propagar la devoción del Escapulario. Hizo una concesión a los países de misiones donde el mucho calor hacía molesto el llevar el Escapulario de tela. Con todo, sus deseos son bien claros: «desea vehementemente que los fieles continúen llevando los mencionados escapularios...».

El padre José Recoder, misionero paúl de gran renombre por su ciencia y santidad, e íntimo amigo de san Pío X, preguntó al Papa sobre esta concesión.

El Vicario de Jesucristo le contestó:

«Yo lo llevo siempre —dijo desabrochándose un poco el pecho y mostrándole el Santo Escapulario—; no te lo quites nunca. Yo concedí la medalla para los negritos de África sin pensar que se extendiera por Europa y América».

Ante la peste del modernismo son dignas de todo encomio las palabras, que dirige el gran pontífice de la *Pascendi*, a la Curia Generalicia del Carmen Descalzo el 1908: «Vigilad esa tendencia perniciosa a innovaciones y

nuevas orientaciones, defendidas bajo las especiosas apariencias de la cultura y progreso de los modernos tiempos; innovaciones que se encaminan a hacer despreciables el tesoro de aquellas tradiciones y religiosas costumbres, que son característica de cada una de las Órdenes Religiosas. Estas Órdenes Religiosas —como los árboles— tuvieron su incremento y desarrollo en los siglos, al calor de las sólidas enseñanzas y severa disciplina de sus venerados Padres. Hoy una nueva herejía, el pestífero soplo de la incredulidad y desprecio sacrílego del dogma y de la tradición, querría arrancar de la tierra estos árboles seculares o por lo menos desnudarlos y dejarlos sin savia, pero la herejía no vence jamás».

Hace 80 años que el gran Papa del «*Instaurare omnia in Christo*» y carmelita de corazón, voló al cielo. Muchísimo le debemos todos los católicos.

El Carmelo todo tiene un deber sagrado de amoroso, devoto y agradecido reconocimiento al Papa que llegó a decir que «el mismo Dios, para levantar la fe, se dignó aprobar solemnemente el Escapulario del Carmen al hacerle obrador de maravillas y portentos, no existiendo —como atestigua el piadosísimo P. de la Colombière— devoción en el catolicismo que haya sido aprobada por el cielo con tan estupendos y milagrosos prodigios».

Ya en el cielo, uno de los más ruidosos milagros que Dios obró por medio de su siervo, Pío X, fue a una hija del Carmelo: sor Pía del Buen Pastor, religiosa carmelita de San Remo.